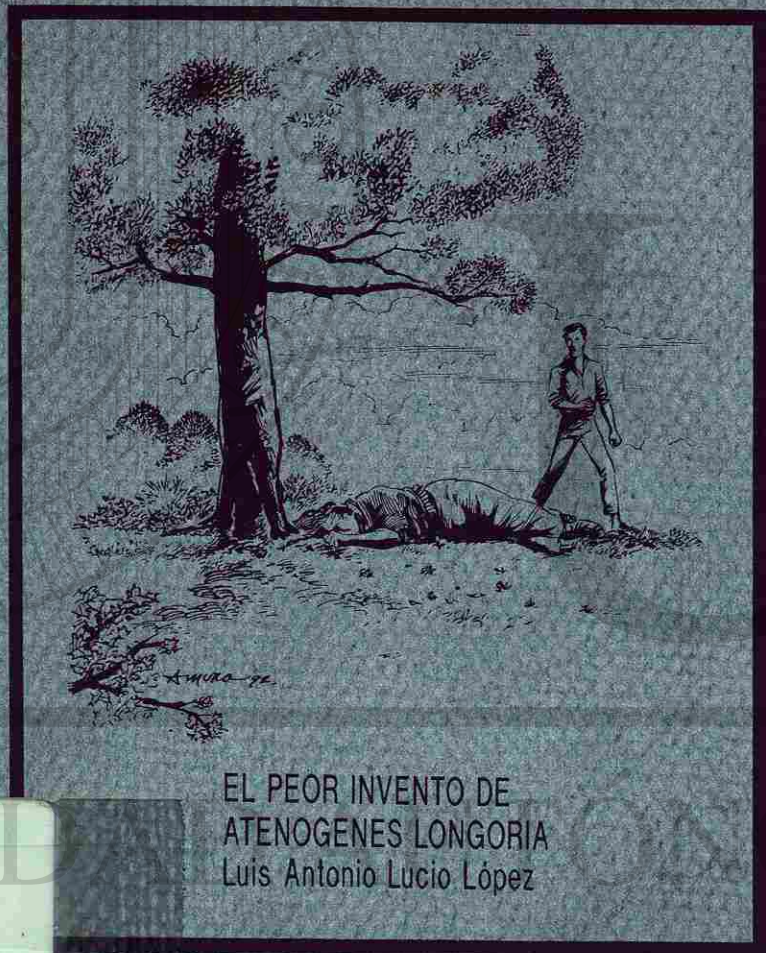


DOS CUENTOS

Luis Antonio Lucio López

Carlos Omar Villarreal Moreno



EL PEOR INVENTO DE
ATENOGENES LONGORIA
Luis Antonio Lucio López



EL ÚLTIMO ASALTO
Carlos Omar Villarreal Moreno



Universidad Autónoma de Nuevo León
Escuela Preparatoria Número 16

27298
22
724
5

PQ7298

.22

.524

D6

Don-

1961

Luis Antonio Lucio López nació el 23 de febrero de 1979 en Villaladama, Nuevo León. Ha sido maestro en la Universidad Regiomontana y en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Nuevo León, donde estudió y obtuvo su título.

Ha laborado en la mayoría de los periódicos de la localidad: en *El Norte*, donde obtuvo cinco distinciones por su trabajo periodístico, en *El Diario de Monterrey*, en *El Diario de Nuevo Laredo*, e incluso en el Grupo Radio Alegría como reportero del noticiero Informedios.

Luis Antonio Lucio López ha entrado con fortuna en el mundo literario nuevoleonés al ganar el Primer Certamen Estatal de Cuento convocado por el Republicano Ayuntamiento de Ciudad Guadalupe, Nuevo León, el cual publicó *El peor invento de Atenógenes Longoria* en la antología *Las raíces del vacío*.

Actualmente es maestro de tiempo completo en la Escuela Preparatoria Número 16 de la Universidad Autónoma de Nuevo León, donde imparte clases en el área de lenguaje.

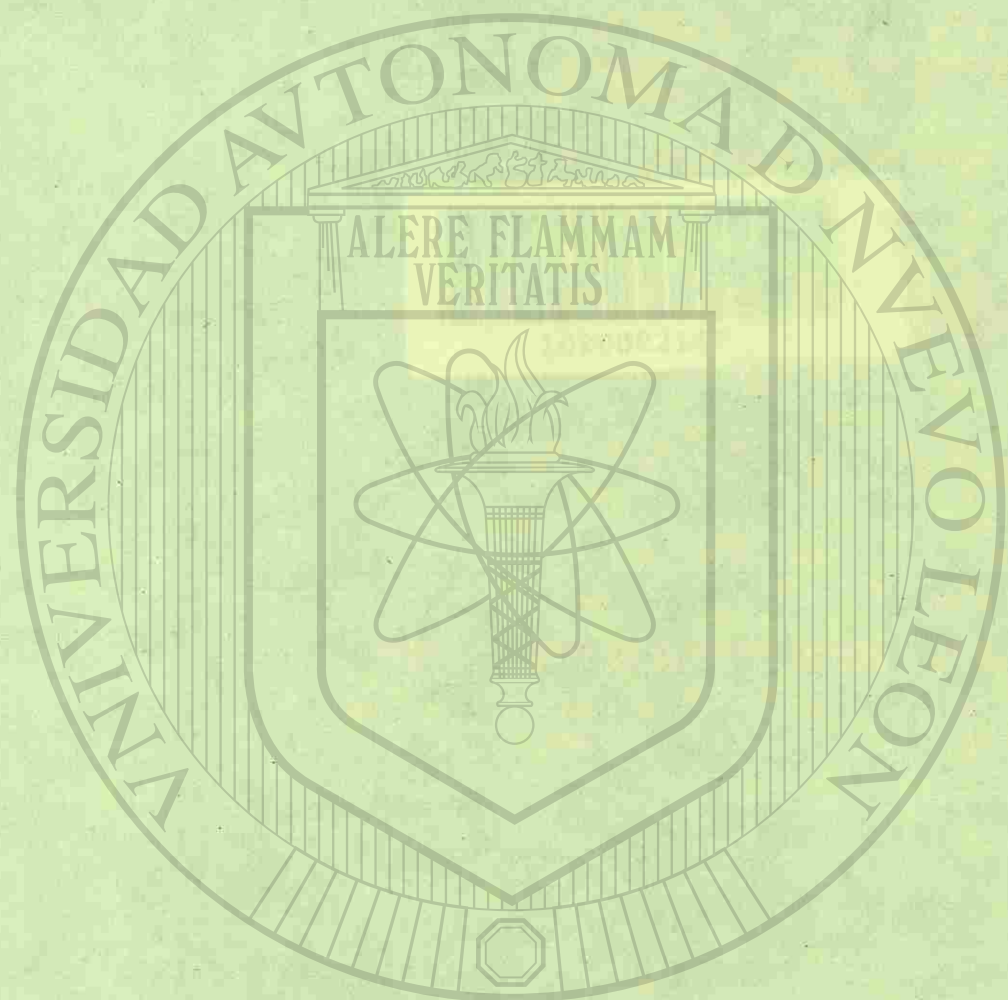


JUANIL

OMA DE NUEVO LEÓN



DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
Escuela Preparatoria Número 16

Rector: Lic. Manuel Silos Martínez

Secretario General: Dr. Reyes S. Tamez Guerra

Secretario Académico: Dr. Ramón Guajardo Quiroga

Director: Lic. Sergio Antonio Escamilla Tristán

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

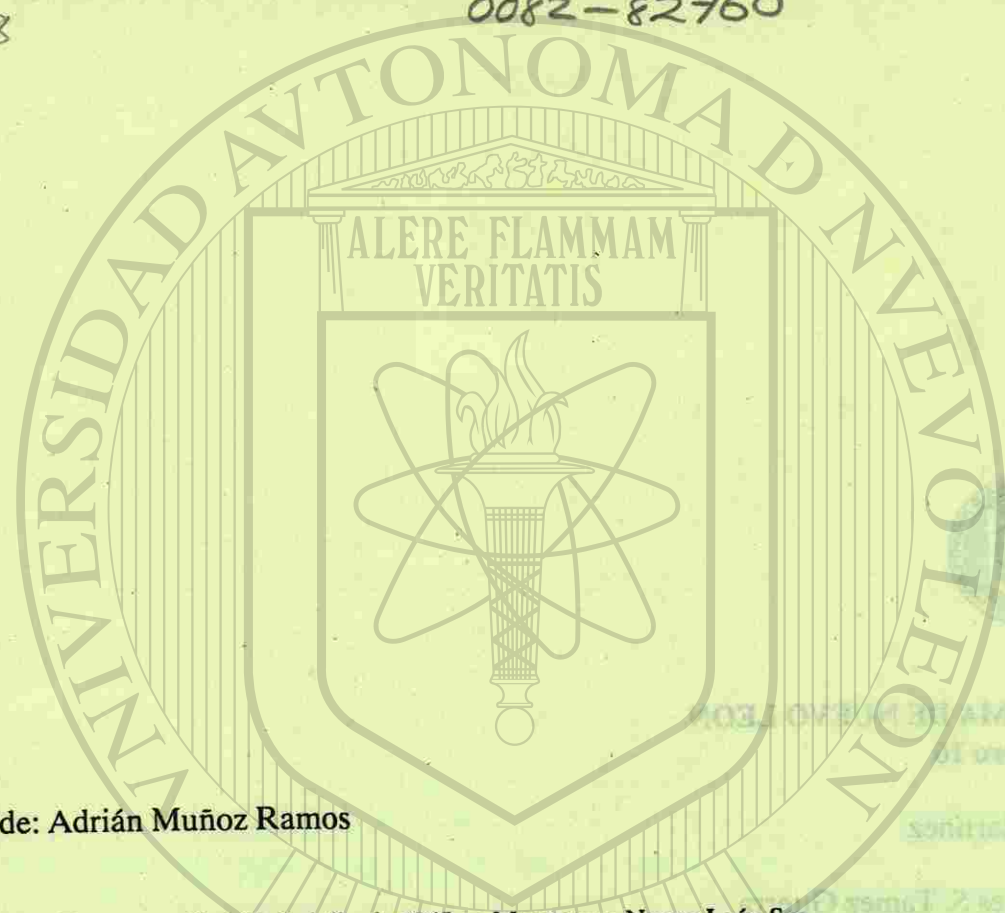


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ7298

0082-82760

.22
.U24
D6



Dibujos de: Adrián Muñoz Ramos

Adrián Muñoz Ramos nació el 11 de julio de 1965 en Monterrey, Nuevo León. Sus dibujos han ilustrado diversas publicaciones, entre ellas las revistas *Epoca*, *St*, *MAD*, *Actividades*, *Poder* y *Cierto*. También los periódicos *El Diario de Monterrey*, *La Voz de Monclova* y *El Porvenir*. En la actualidad trabaja en la ilustración de diversos proyectos literarios.

DOS CUENTOS

Luis Antonio Licio López

Carlos Olay Villareal Moreno

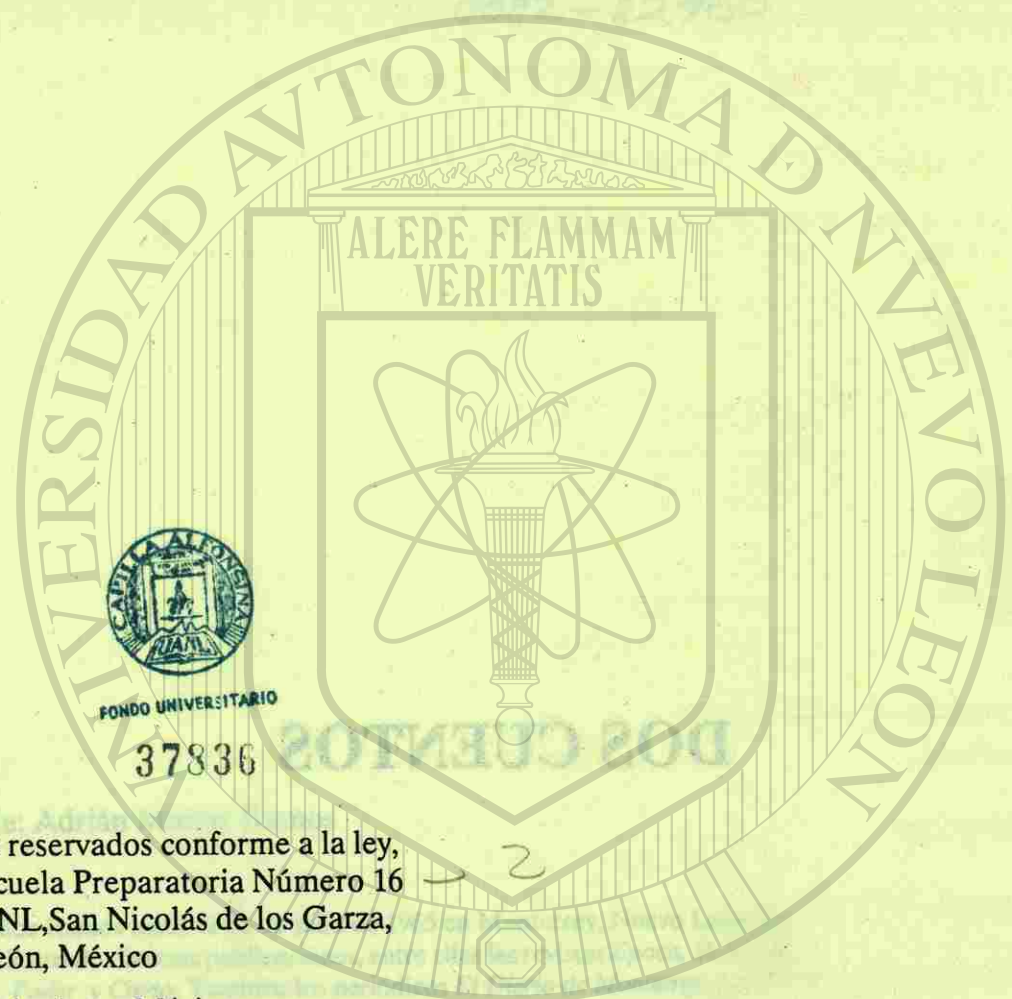


DOS CUENTOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



©Derechos reservados conforme a la ley,
por la Escuela Preparatoria Número 16
de la UANL, San Nicolás de los Garza,
Nuevo León, México

Impreso y hecho en México.
Printed and made in México.

DOS CUENTOS

Luis Antonio Lucio López

y

Carlos Omar Villarreal Moreno

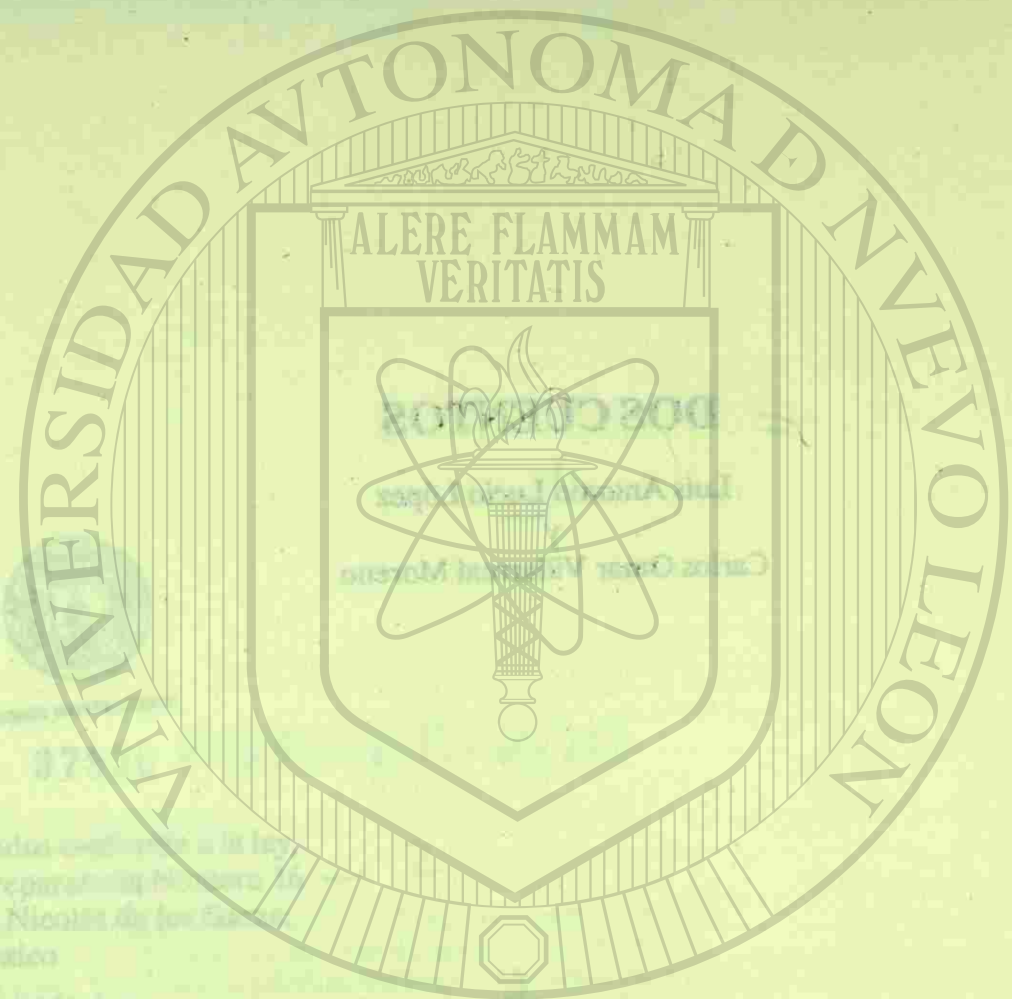
San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México

1992

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



©Derechos reservados conforme a la ley
por la Escuela Preparatoria Número 16
de la UANL, San Nicolás de los Garza,
Nuevo León, México
Impreso y hecho en México.
Distribuido únicamente en México.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRESENTACION

Dos cuentos es el título de la obra que hoy presentamos para difundir el esfuerzo creador de dos maestros de la Escuela Preparatoria Número 16: Luis Antonio Lucio López y Carlos Omar Villarreal Moreno, ambos del área de lenguaje.

Este libro reúne dos narraciones: "El peor invento de Atenógenes Longoria" y "El último asalto", de Luis Antonio Lucio López y Carlos Omar Villarreal Moreno, respectivamente.

Aunque diferentes en sus temáticas y en el tratamiento formal de sus personajes, ambos cuentos descubren el

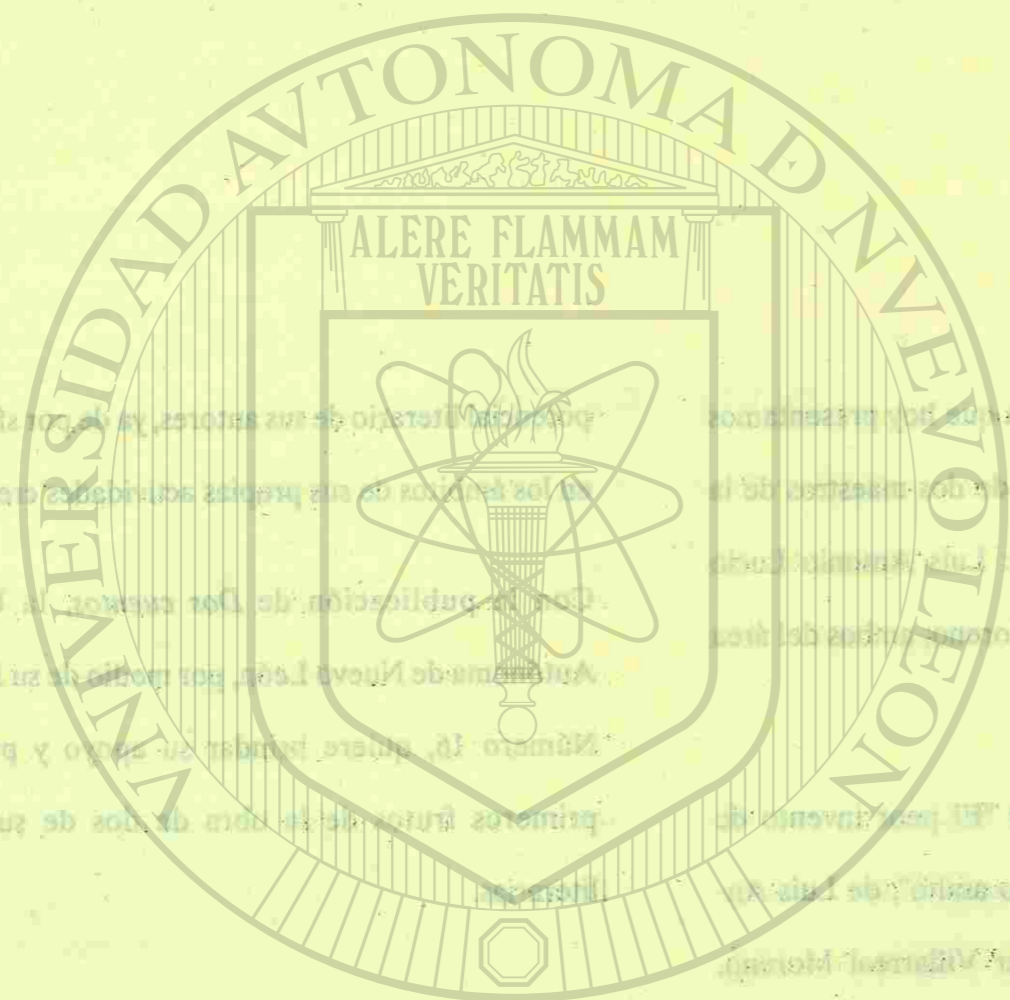
potencial literario de sus autores, ya de por sí reconocidos en los ámbitos de sus propias actividades creativas.

Con la publicación de *Dos cuentos*, la Universidad Autónoma de Nuevo León, por medio de su Preparatoria Número 16, quiere brindar su apoyo y proyectar los primeros frutos de la obra de dos de sus promesas literarias.

Sergio Antonio Escamilla Tristán

Monterrey, Nuevo León, México
Agosto de 1992





EL PEOR INVENTO
DE
ATENOGENES LONGORIA

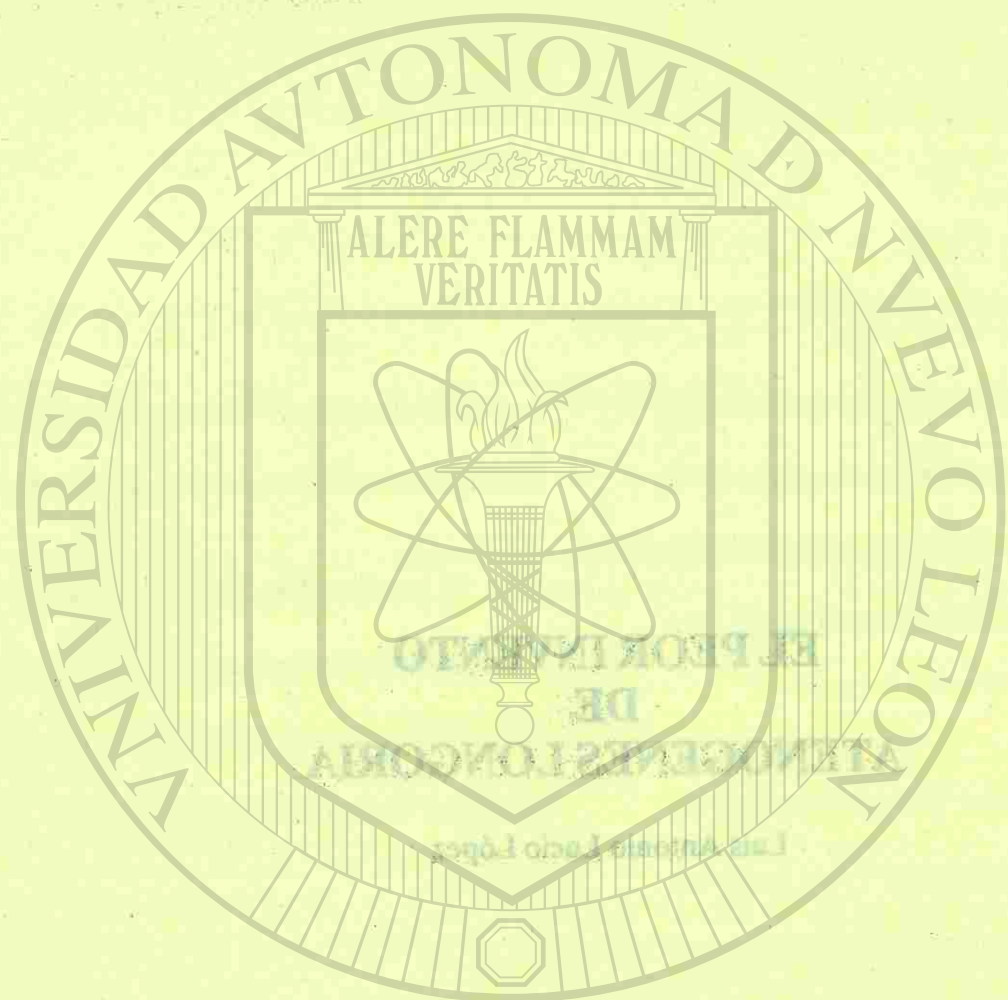
**EL PEOR INVENTO
DE
ATENOGENES LONGORIA**

Luis Antonio Lucio López

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



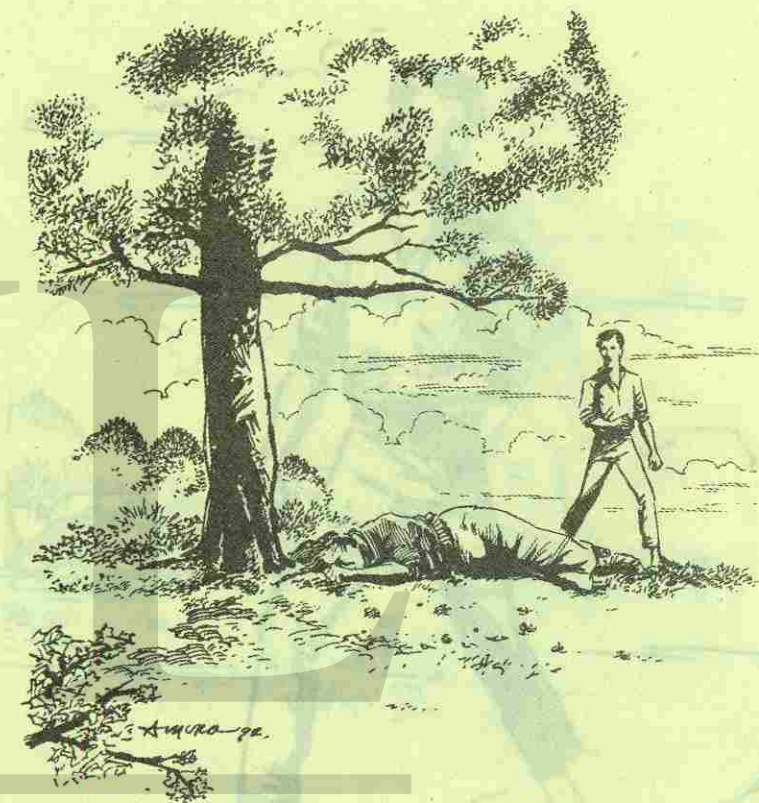


EL PEOR INVENTO

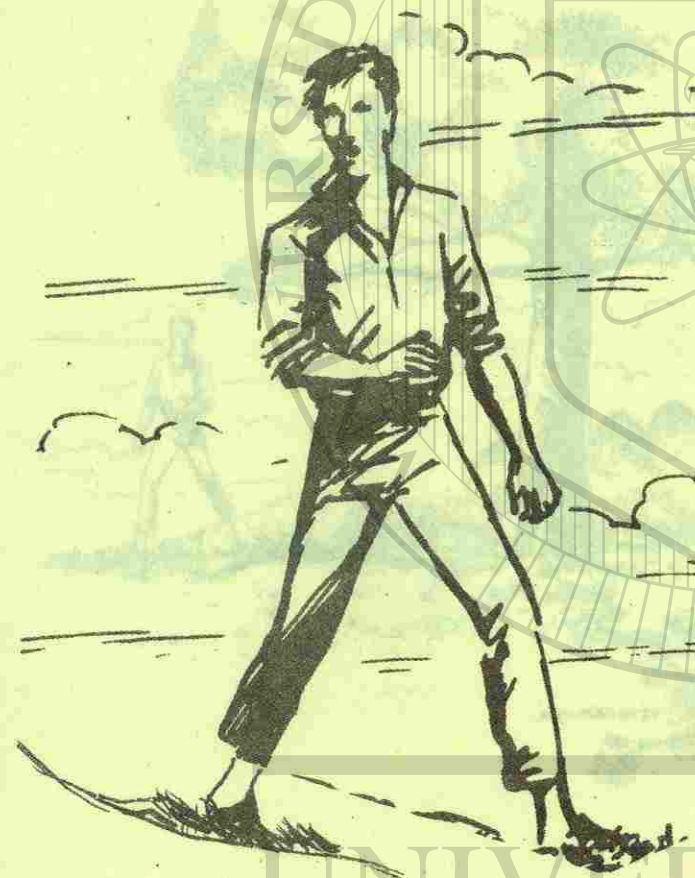
DE

ATENOGENES LONGORIA

Cuando Exígeno Conó nació, su madre Gasparina estuvo a punto de morir en el parto. En sus nueve meses de embarazo nunca había tenido un sólo antojo, pero ese día al recorrer las empedradas calles de Boca de San Pedro se dió la atragantada de su vida. Fue cuando regresaba a su choza de adobe y techo de palma que su esposo Pancracio Zavala le había construido a quinientos metros del arroyo, dos meses antes de casarse en la ermita del pueblo. Acalorada por el sol del mediodía, Gasparina buscó sombra bajo las ramas de un árbol de anacua y presa de su primer antojo comenzó a comer y comer los



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

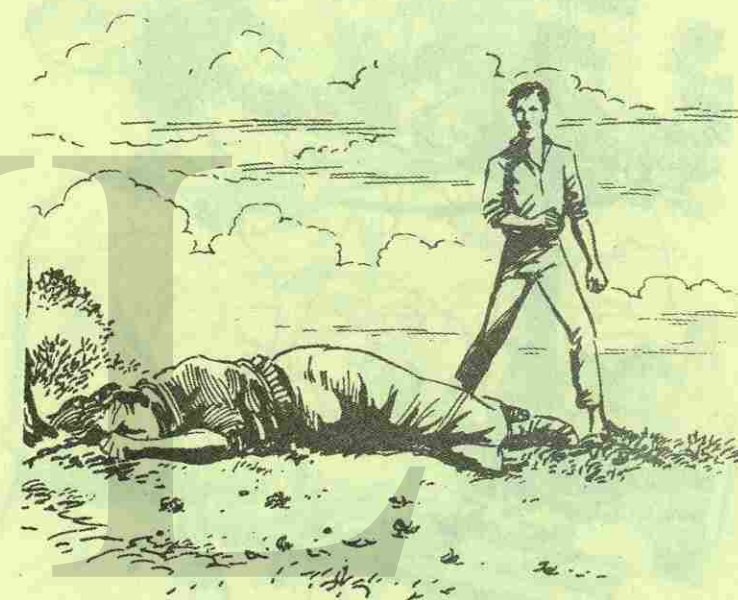


pequeños frutos sin poder contener la gula. No supo si eran dolores de parto o de indigestión, pero sintió en el vientre calambres tan dolorosos que no supo cuando perdió el conocimiento. Ivenías del Río, un joven de 20 años cuyo origen era desconocido, pero que los habitantes del pueblo habían adoptado hace 15 años, la encontró tirada bajo el árbol.

Por un momento pensó que estaba muerta al verla inmóvil, pero tarde se dió cuenta de su error cuando Gasparina comenzó a convulsionar y a arrojar los frutos verdes de mayo que compulsivamente había comido. Entonces comenzó a gritar, a pedir auxilio. Pancraccio estaba en la cantina del puente corriéndose una parranda con mezcal curado, cuando escuchó los gritos ese día de suerte. El hombre que estaba a su lado se secó el sudor de

la frente, se acomodó sus lentes redondos, hizo a un lado el sombrero de fieltro, cuyo estilo pondrían de moda muchos años después los detectives, y dijo: "Vamos".

La noche anterior Pancraccio Zavala había tomado aguardiente con Toño Mitates, el dueño de la cantina del puente, quien tenía una parte del rostro desfigurado y sus brazos y manos arrugadas y negruzcas a causa de quemaduras de primer grado. Aquella noche Toño Mitates había llorado, cuando Pancraccio le contó la felicidad que lo invadía al esperar el nacimiento de su primer hijo, y el confesó que a causa de sus malformaciones nunca había podido casarse. En los sopores del alcohol Toño Mitates recordó y contó como le había pasado aquel accidente. Cuando la Revolución Industrial llegó a Boca de San Pedro, dijo, se construyeron vías de





ferrocarril y la primera en estrenarlas fue una pequeña máquina de vapor. Para hacerla funcionar tenían que poner en su caldera docenas de kilos de carbón que extraían de la mina junto con otros minerales. Atraído por la curiosidad de sus diez años todas las mañanas iba a la estación y se sentaba en las bancas de durmientes a observar. Sentía que se le revolvía el estómago de ansiedad por subir a aquel monstruo de acero hasta que un día no pudo más y aprovechando un descuido del maquinista subió hasta la cabina, se puso una cachucha gris con rayas azules que el ferrocarrilero había dejado en su descanso y se paró en el asiento del operador. Con su boca trató de imitar el silbato del tren; después se dirigió a la caldera, observó la pala y la puerta del depósito de carbón. Ya en su cuerpo brotaban gotas de sudor por el excesivo calor, pero ni eso detuvo su espíritu aventurero. Cargó la pala con piedras

de carbón, pensó que la aza de la puerta estaba caliente y tuvo la precaución de ponerse unos guantes que había encontrado bajo la gorra del ferrocarrilero. Entonces con paso firme abrió la puerta y una lengua de fuego lo alcanzó hasta quemar la parte derecha de su rostro, su brazo y parte de sus manos al hacerse extensivo por entre sus ropas. Alguien lo rescató y lo llevó a la enfermería de la mina, donde los gringos que la explotaban decidieron ocultar el accidente por temor a que la gente del pueblo destrozara la máquina en represalia. La mamá de Toño Mitates casi fue secuestrada por un par de capataces, quienes le dieron una cantidad de dinero con la que indemnizaban al pequeño y la dejaron en el pueblo más lejano con la consigna de no volver. Al paso de los años la madre de Toño Mitates murió y él decidió regresar a Boca





de San Pedro cuando ya la mina se había agotado y los gringos se marcharon.

Con algo de dinero que le había quedado a su mamá compró la casa del puente fue al rancho de vino, adquirió un tanque de doscientos litros de mezcal, construyó varias mesas de madera con sus respectivas sillas y abrió su negocio. Atanasio Puente fue el primero en visitar la cantina cuando Martina del Campo, a quien pretendía desde hacía varios años, decidió darle el sí. Se tomó casi un litro de mezcal y cuando eufórico decidió ir a darle serenata a su amada, le tomó la mano afectivamente al cantinero y antes de irse le preguntó:

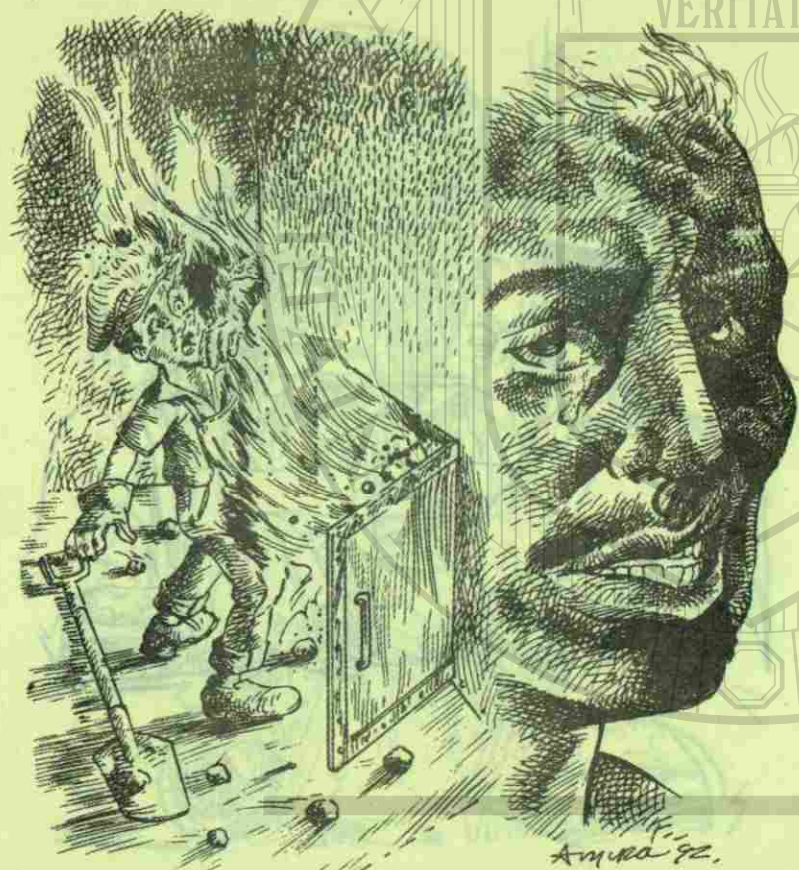
— Oiga amigo ¿cómo le va a poner a este lugar donde pasé los primeros minutos de felicidad en mi vida?

Nervioso por ser su primer día de comerciante, Toño Mitates no supo que decir, había pensado en todos los detalles menos en el nombre. Y entonces apurado por la situación expresó lo que siempre tenía en su mente:

— El Fogonazo

Y Atanasio se encargó de hacer famoso aquel lugar. A donde iba a todos contaba de El Fogonazo y la cantina comenzó a ser muy visitada. Al grado que venían de otros pueblos a tomar mezcal curado del tambo de doscientos litros, que cada semana era renovado. Esa noche Toño Mitates dijo entre lágrimas a Pancracio lo que a nadie había contado y los dos se juraron amistad eterna.





Pancracio Zavala se retiró, fue a la cama de Gasparina y tocó su vientre y fue cuando por primera vez sintió a su hijo moverse y entonces el también lloró. Se arrodilló en la cabecera y besó la frente de su mujer, que fingía estar dormida y le dijo entre sollozos:

—Te quiero

Pancracio tenía fama de hombre duro, nunca deramaba una lágrima ni decía frases de amor. Por eso nunca fue un enamorado. Se pasaba el día sembrando su labor o cuidando las pocas cabras que tenía. Un día un macho que tenía poco de nacido se extravió y fue a dar al solar de los Calles. Gasparina descubrió al chivito balando, atorado en las púas de la cerca y fue a su rescate. Cuando logró desatorarlo ya estaba frente a ella Pancracio Zavala.

Gasparina se levantó, con sus manos quitó una espina de nopal que el animalito tenía clavada en una de sus patas y con gran ternura lo abrazó para devolverle la paz que había perdido en sus momentos de incertidumbre. Después fijó sus ojos en los de aquel joven de casi dos metros de altura de pecho ancho y piernas musculosas y con voz que a él le pareció angelical le dijo:

— ¿Es de Usted? —

El no supo que decir, por primera vez desde que murieron sus padres y quedó sólo en el rancho, volvió a sonreír y en su mirada se borraron las imágenes de su pasado amargo. Y en sus ojos brilló una chispa de felicidad. Entonces musitó:

— "Si no lo toma como una ofensa se lo regalo".





Después bruscamente se dió la media vuelta y se dirigió a su parcela a paso firme. Gasparina se quedó ahí, parada con el chivito balando en sus brazos y sintió que le faltaba la respiración y, fue cuando se dió cuenta de que se había enamorado.

Pasaron los días y no volvieron a verse. Pancracio siempre la espiaba, se subía a los árboles para verla cuando ella iba a dar maíz a las gallinas o cuando les llevaba desperdicios a los cerdos. También cuando iba a lavar su ropa al arroyo. Hasta que ya no pudo más. Una noche fue a ver a la hechicera del pueblo y le contó de sus pesares. Esta le dió una piedra milagrosa y le explicó que fuera a la plaza y cuando viera a Gasparina se la aventara a su paso. Si ella la recogía significaba que estaba enamorada de él, sino, tendría que olvidarla. Al siguiente domingo Pancracio se dirigió a la plaza y cuando vió venir a

Gasparina le lanzó la piedra. Pero lo hizo con tanta fuerza que le pegó en la cabeza y la hizo que perdiera el conocimiento.

Al verla caer corrió hacia ella y la levantó en sus brazos. Después le sobó la cabeza y le encontró un chipote con una pequeña herida contusa en su borde. Gasparina había perdido momentáneamente el conocimiento, pero lo recobró cuando su enamorado le tocó la herida. Sin embargo siguió con los ojos cerrados disfrutando aquella dulce prisión. Mucha gente vió a Pancracio acercar sus labios a los de Gasparina, pero nadie supuso que en su desesperación creyó que la había matado y buscó con su nariz el aliento de su amada para ver si aún respiraba. La noticia de áquel beso que nunca ocurrió llegó rápido a oídos del padre de Gasparina, Eugenio Calles; quien ya lleva cinco copas de mezcal en la cantina de Toño Mitates,





y que al ser enterado del suceso se dirigió a la plaza con un machete en la mano. Preocupado más por el beso que nunca ocurrió que por el golpe que había recibido

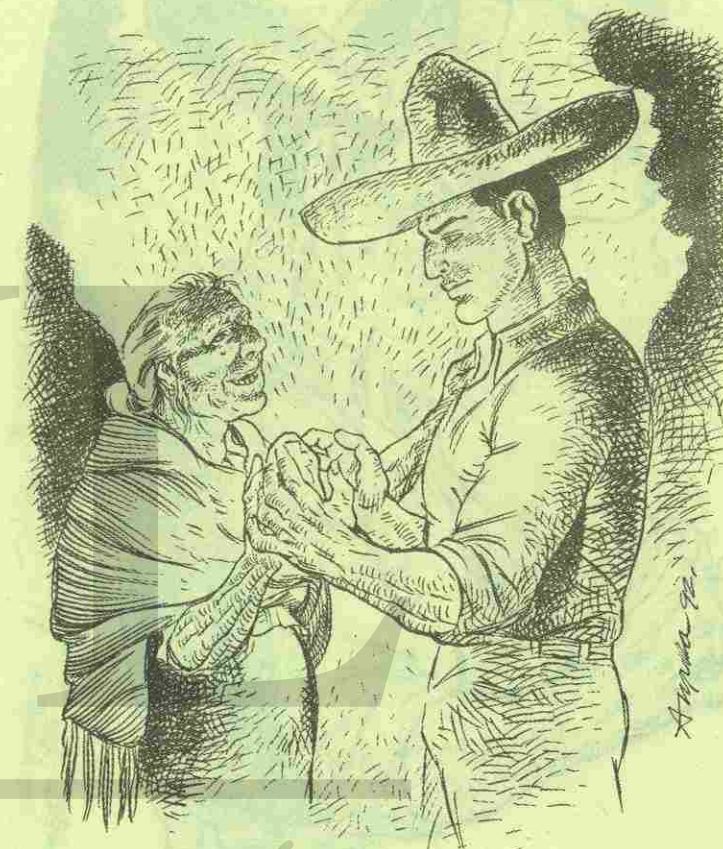
Gasparina, enfrentó a Pancracio quien ya estaba sentado en una banca tratando de resucitar el cuerpo inmóvil de su amada. Eugenio, vió a su hija volver en sí "milagrosamente" pero no quiso escuchar explicaciones y emplazó a Pancracio a luchar a muerte para lavar la honra de su hija o a casarse como Dios Manda.

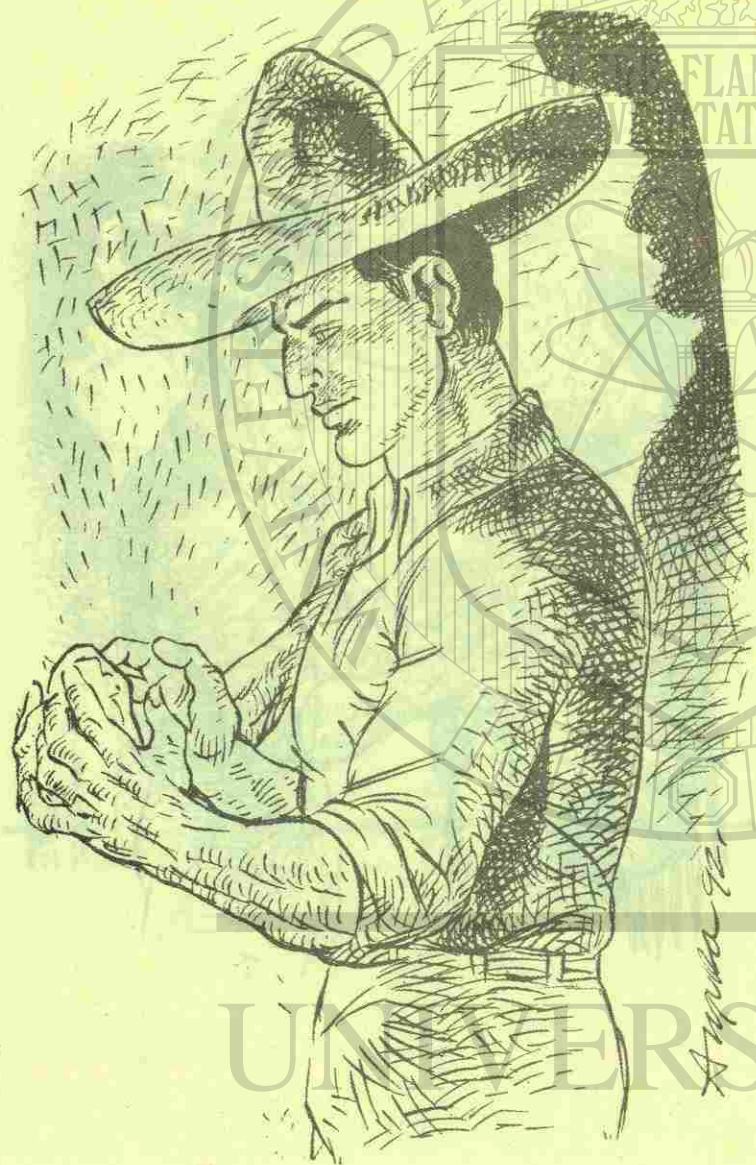
Durante dos meses Pancracio estuvo trabajando en la orilla del arroyo, cavando y paleando tierra. Hacía rectángulos de zoquete, yerba y excremento de res, hasta que formó cientos de adobes. Después, a quinientos

metros del arroyo, construyó la choza con techo de palma; la choza donde un año después daría sus primeros pasos Exígeno Conó.

Por fin, a diez domingos de aquella pedrada y del beso que nunca ocurrió, Gasparina y Pancracio unían sus vidas en la Iglesia de Boca de San Pedro. De aquella boda surgió la tradición que todavía se conserva: los muchachos del pueblo en edad de casamiento acuden a la plaza, llevan una piedra en sus bolsillos y la lanzan a la mujer que quieren por esposa.

Pero desde el día de la boda Gasparina nunca había escuchado una frase de amor, a pesar de que su esposo le demostraba en cada uno de sus actos el amor que le tenía. De ahí que esa noche cuando sintió a Pancracio arrod-

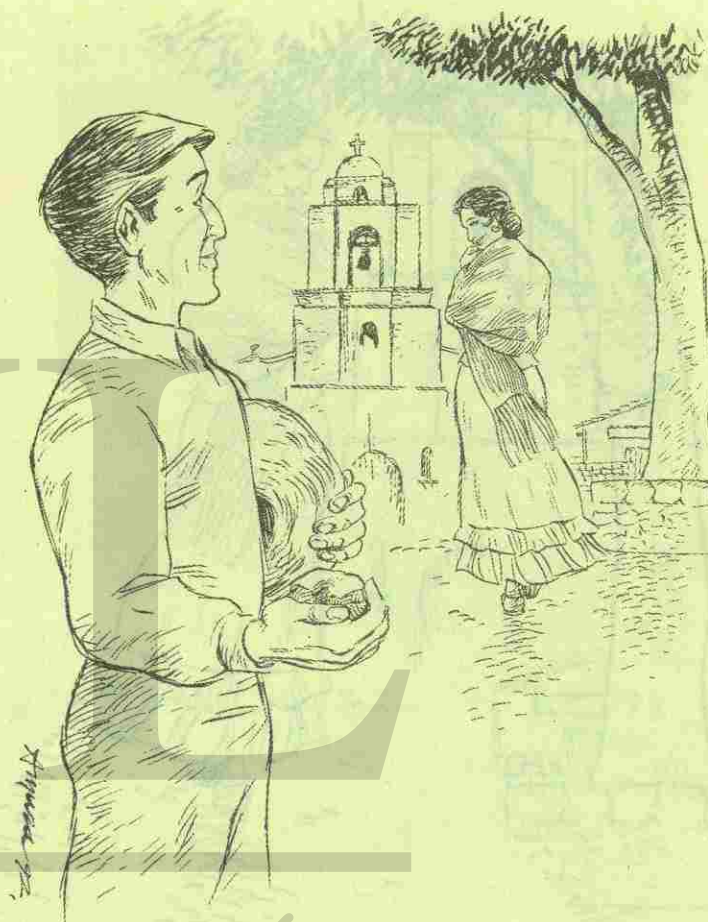




llarse en la cabecera y darle un beso en la frente, se sintió el ser más feliz de Boca de San Pedro y entonces cuando lo escuchó salir al patio ella también comenzó a llorar. Cuando Pancracio salió del jacal se dirigió a la noria, bajóla tina y, al sentir el choque del metal con el agua, aflojó un poquito el mecate hasta que calculó que el agua ya había llenado el recipiente. Después estiró la cuerda, subió la tina y se mojó la cabeza.

En el arroyo se escuchaba a los sapos cantarle su amor a las ranas, en el mezquite cercano el aleteo de las gallinas que en su insomnio alcanzaban a dormir a ratos, pero despertaban y aleteaban para no caer en el vacío. En la obscuridad se veía a las luciérnagas volar en los vientos del amor y formar corazones de luz intermitente. La noche transcurrió y Pancracio navegó en el mar de sus recuerdos.

Vió a su madre y le dijo cuanto la extrañaba, la falta que le hacía; y se recriminó haberla hecho pasar ratos amargos, pero ella lo abrazó, lo besó, le dijo: "Chacho querido", como solía llamarlo con cariño. Y entonces Pancracio se sintió libre y eliminó sus sentimientos de culpa. Después vió a su padre y le agradeció todas sus enseñanzas, todos sus consejos y le contó de su soledad pasada y de los ratos de alegría al lado de Gasparina y del hijo que esperaba. Después la imagen de su padre se disipó y recordó la soledad de Toño Mitates y no encontró respuestas a las tragedias que entraña la vida. Entonces agradeció a Dios su felicidad, la bendición de tener a Gasparina y al hijo que llevaba en su vientre. En el mezquite el gallo golón ya había anunciado la proximidad de la aurora, cuando descubrió una luz que lentamente se desplazaba por el camino de terracería. Ya no había mineros para que fuera





la luz de algún candil de exploración subterránea; la caza furtiva estaba desterrada por las persecuciones de los gendarmes de la Delegación, y tampoco se podía tratar de algún ánima en pena, porque Pancraccio no creía en ellas. De tal manera que decidió ir a investigar.

Al llegar a la luz vio la silueta de un hombre que asustado gritaba:

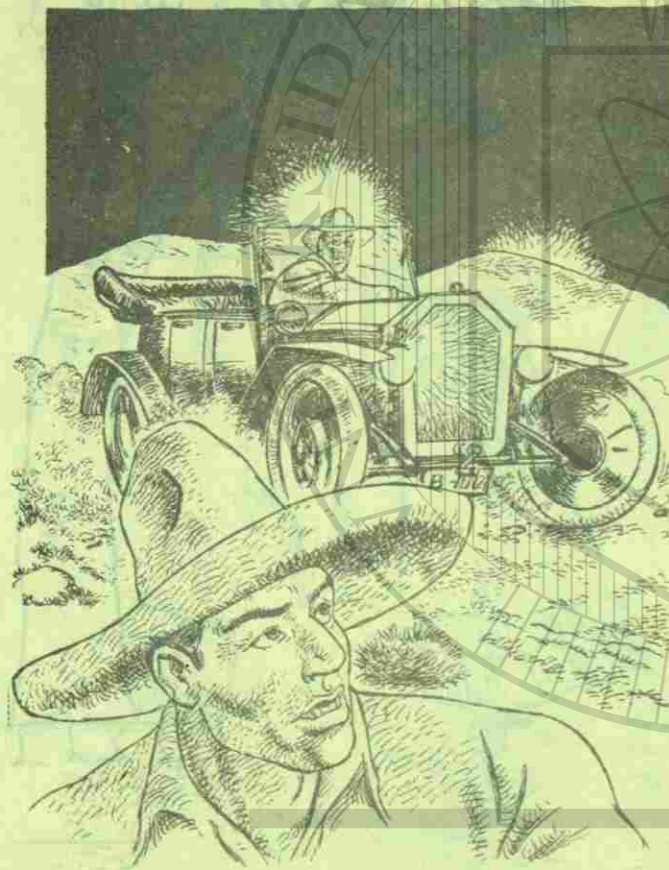
— "Hay alguien ahí".

Ese amanecer Pancraccio conoció primero que nadie en Boca de San Pedro, el primer automóvil ford de la región y fue el primero en pasarse en él y también en asustarse con las explosiones de la combustión cuando ayudó al

desconocido darle marcha con llave de cran. Aquel hombre era un pasante de Medicina llamado Atenógenes Longoria, quien venía desde la frontera a promover pueblo por pueblo un artefacto que él había inventado. Se trataba de un tubo de acero, donde almacenaba oxígeno medicinal a baja presión, que podía administrarse a pacientes con dificultades para respirar. Esa madrugada Atenógenes se dirigía de la frontera a la capital, a entrevistarse con el dueño de una cadena de farmacias que se interesaban por su patente para comercializarla. Cuando tomó por el camino equivocado y fue a dar a Boca de San Pedro, atravesando las labores que lo llevaron por caminos de carretas hasta la finca de Pancraccio Zavala.

Este entabló conversación con Atenógenes Longoria, quien con el ánimo dibujado en su rostro, le contó de sus

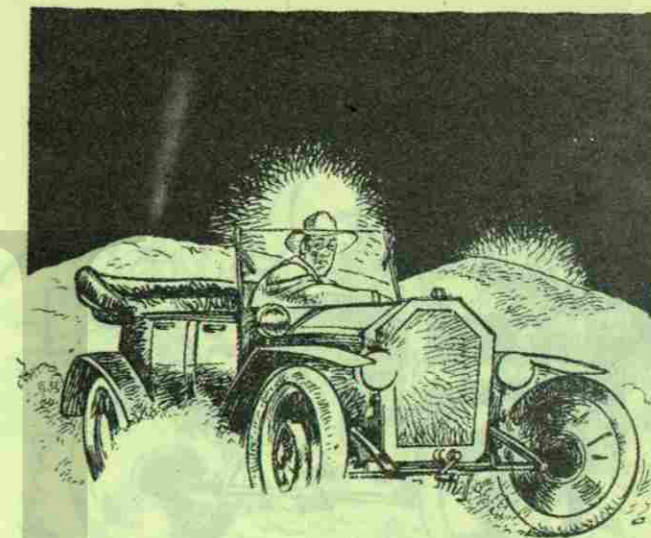


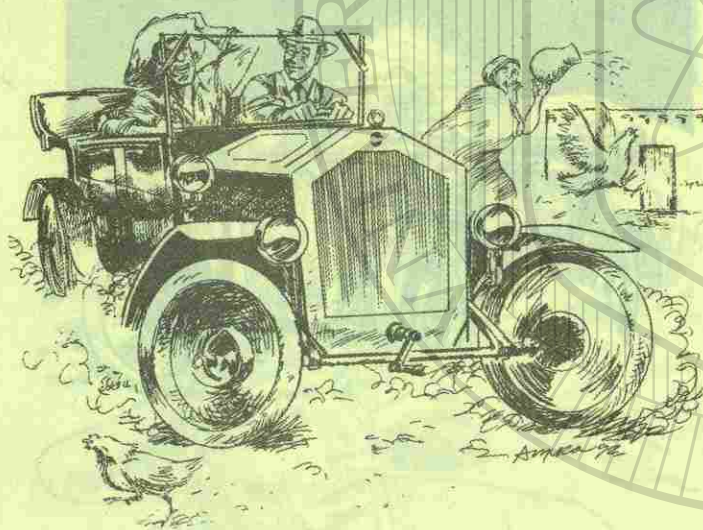


estudios, de sus experimentos, de su proyecto para comercializar la patente y de su equivocación al tomar la ruta desafortunada. Y por primera vez un hombre entró a la casa de Pancracio en los casi diez meses que llevaba de casado. Gasparina preparó una salsa y la revolvió con huevos, también preparó tortillas con harina de maíz que había molido días antes en el metate, sirvió leche de cabra bien hervida en fuego de leña y remolió un jarro de frijoles que recientemente había cosechado su hombre. Después del almuerzo Atenógenes explicó a Pancracio cómo funcionaba el automóvil, lo llevó a pasear y a recorrer el pueblo. La gente salía de sus casas asustada y Pancracio por primera vez en su vida carcajeaba y se agarraba las alas del sombrero para que no se le volara. La gira automovilística terminó en la cantina de Toño Mitates, en el Fogonazo, donde Atenógenes Longoria y Pancracio

Zavala brindaron por la amistad, por los hombres con inventiva, por la modernidad y por el hijo que pronto habría de nacer. Al saber que era pasante de medicina, Toño Mitates le preguntó al "Doctor Longoria" si había cura para su rostro y sintió un brillo de esperanza cuando éste, le explicó que en las Universidades del país vecino ya había jóvenes estudiando cirugía plástica y que muy pronto la gente podría transformar sus rostros o detener el paso del tiempo con una operación. El cine apenas comenzaba en el país y el doctor Longoria auguró que iba a ser un buen mercado para los galenos de esa especialidad:

— Cuando pierdan su belleza las artistas del cine —
dijo — van a querer conservar sus atributos y entonces van a hacer uso de la cirugía plástica.





—¿Y ellos van a utilizar su invento doctor?, preguntó

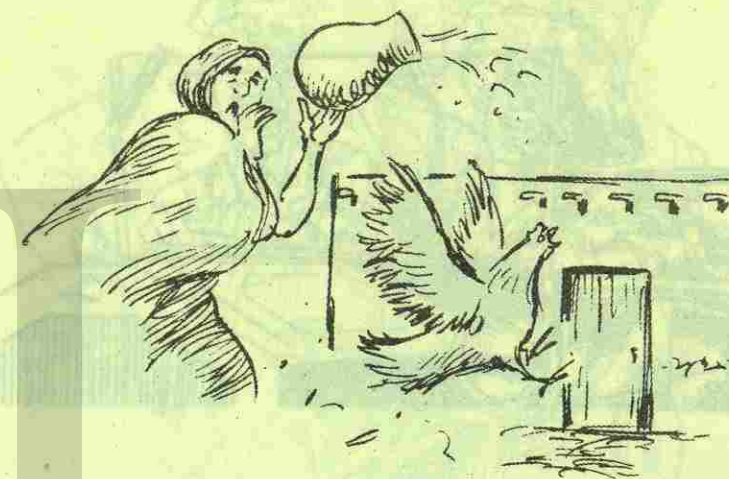
—¡Claro que sí!, contestó.

Ese fue el día más feliz de Toño Mitates, quien años después cuando Boca de San Pedro creció y puso una cadena de restaurantes juntó dinero suficiente, se hizo la operación y recuperó la forma original de su rostro y de sus brazos y manos, aunque nunca se casó.

Ese día también estaba en la cantina Ivenías del Río, quien quince años antes, a sus cinco años de edad, que le fueron calculados por su dentadura por un viejo caballero, apareció solitario en la orilla del río. Eduviges Lozano, una solterona del pueblo, lo encontró vagando sin

rumbo, llorando y desnutrido. Nunca se supo como llegó al pueblo ni como se llamaba. Por eso Eduviges cuando le quiso poner un nombre para poder llamarlo o identificarlo lo bautizó con el nombre de Ivenías del Río. Al poco tiempo la mujer murió sin pariente alguno más que Ivenías quien se quedó con sus escasas propiedades y se dedicó a labrar las parcelas de la gente del pueblo, quienes lo querían como si fuera hijo propio. Nunca le pagaban con dinero, pero le daban ropa, lo lavaban, lo alimentaban, lo curaban en sus enfermedades y lo educaban en lo poco que conocían. Al escuchar hablar al doctor Atenógenes Longoria de sus inventos Ivenías se fijó la idea de hacer experimentos, de descubrir nuevos usos a los materiales.

Ese día también él se llevó lo suyo. Le dió vueltas y vueltas al carro, hasta que escogió algo de recuerdo. Era una llanta a medio romper que traía el inventor en la cajuela.





Le dijo al "Doctor" que si le dejaba esa llanta de recuerdo y como ya no tenía uso posible, Atenógenes se la regaló. Meses después de que el "médico" se hubo marchado Ivenías se encontraba cuidando las cabras de Pancracio, con la llanta a un lado, porque nunca la soltaba. Estaba endiosado con la rueda de hule. En un descuido su pie fue a dar a la parte interna de la llanta y no podía sacarla. Saltó y saltó de un lado para otro, hasta caer exhausto. Reposó la cabeza en un tronco de mezquite, cerró los ojos y cuando los abrió se dió cuenta que la llanta tenía una nueva utilidad: servir de zapato. Entonces con su cuchillo cortó un pedazo de llanta, le dió la forma del pie. Se quitó el cinto del pantalón, hizo varias correas, algunos agujeros e inventó el huarache.

Años después viajó a la capital donde estudió ingeniería y fundó una fábrica donde los zapatos tenían suela de hule y no de vaqueta. Prosperó y se volvió rico y se cambió de nombre; ahora todos lo conocen con el nombre de Ivés del Río, dueño de la fábrica de zapatos y Botas Boca.

Pero el día en que nació Exígeno Conó aún no tenía nada cierto en su futuro, de tal manera que Ivenías el Río bajó la llanta del carro y se dispuso a escuchar la conversación. En un determinado momento Pancracio Zavala le pidió:

— Ve a darle una vuelta a mi vieja, nomás a ver que se le ofrece.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Ivenías del Río salió y al llegar al árbol de anacua descubrió el cuerpo de Gasparina tirado en la sombra. A lo lejos le pareció que estaba muerta e incluso cuando llegó al cuerpo no detectó la respiración. Se acercó y en eso Gasparina comenzó a vomitar las frutas del árbol que le habían causado la indigestión. Entonces gritó con todas sus fuerzas y pidió auxilio.

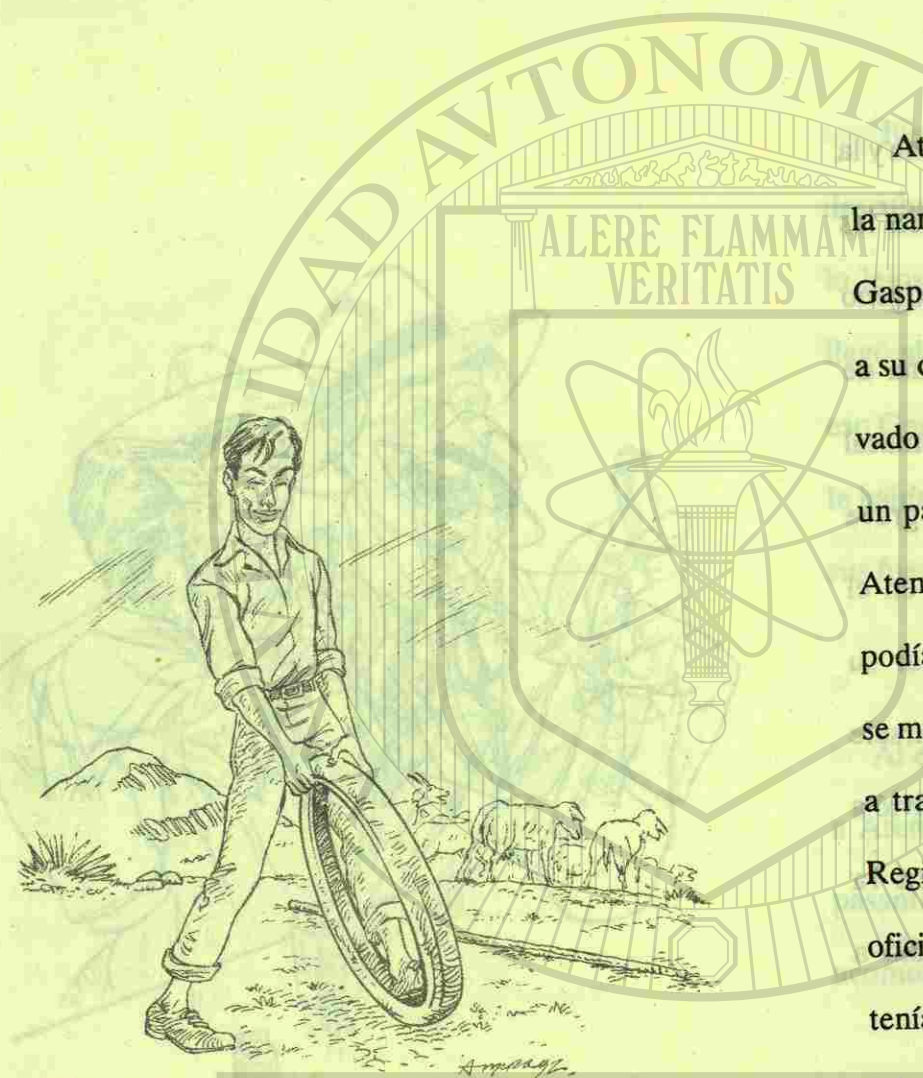
Al escuchar sus gritos Pancracio pensó lo peor y miró a Atenógenes reflejando un rostro de preocupación. El pasante de medicina se secó el sudor de la frente, se acomodó sus lentes redondos y lo apuró:

—Vamos

Los dos llegaron corriendo levantaron a Gasparina y la llevaron a la cantina. Ahí Atenógenes la ayudó en las labores de parto y le dió la primera nalgada a Exígeno Conó mientras Pancracio le limpiaba la boca, llena de masa de frutos de anacua sin digerir y con ácido estomacal que provocaba mal olor. Cuando creían que todo lo grave había pasado Gasparina cayó en la inconciencia, en el llamado "sueño de parto" y ya no pudo controlar su respiración. Corría el peligro de asfixiarse al obstruírsele los bronquios con el poco residuo de vómito que volvió a evacuar en su sueño. Cuando ya estaba en la broncoaspiración Pancracio corrió al carro y le dió a Atenógenes el tanque de oxígeno y le dijo:

—Sálvela con su invento





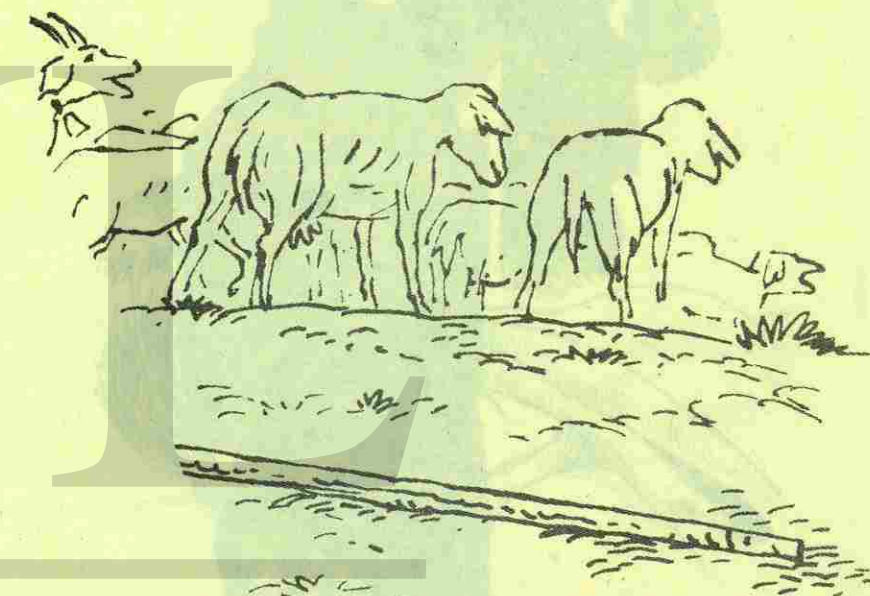
Atenógenes Longoria colocó el oxígeno medicinal en la nariz de la paciente y pudo normalizar la respiración. Gasparina volvió en sí, pasó la tarde en calma y fue llevada a su casa. Agradeció al pasante de medicina haberla salvado de la muerte y le pidió a Pancracio que le regalara un par de gallinas, una docena de huevos y una cabra. Atenógenes Longoria no aceptó los regalos porque no podía transportar a los animales en el carro. Antes de que se marchara Pancracio decidió hacerlo padrino del niño y a través de Ivenías del Río mandó llamar al oficial del Registro Civil que llevaba las actas de nacimiento. El oficial era un anciano que apenas escuchaba, pero que tenía algunos conocimientos de gramática. Cuando llegó a la casa de Pancracio con el libro en mano procedió a realizar el acta de nacimiento anotó el nombre de la madre, del padre, el sexo, el lugar y todos los datos que en

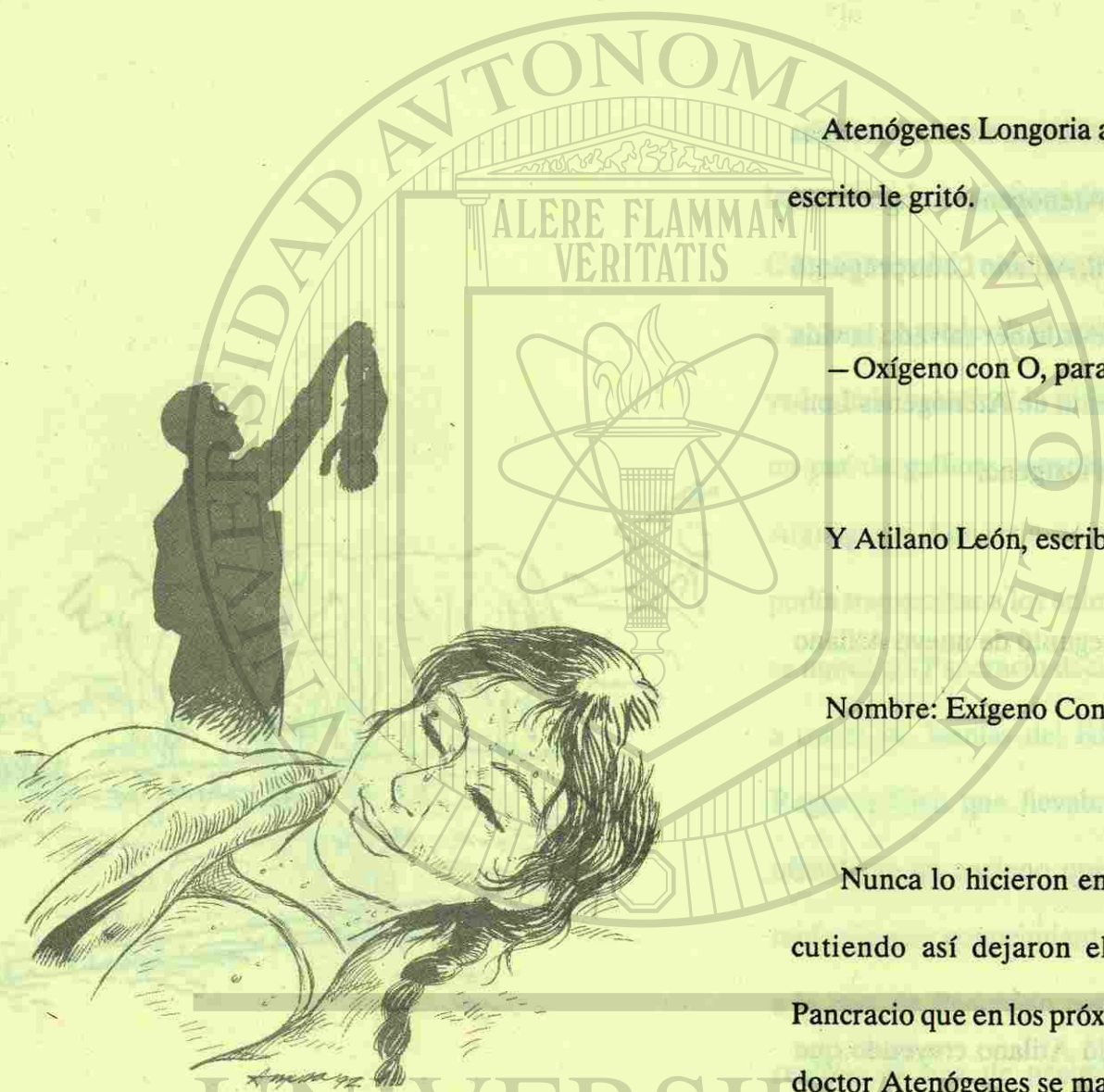
aquel tiempo exigía la autoridad. Firmaron como testigos Toño Mitates, Ivenías del Río y Atenógenes Longoria. Al último el oficial del Registro Civil, Atilano León preguntó el nombre que le iban a poner. Por haber salvado la vida de su esposa y en honor al invento de Atenógenes Longoria, Pancracio decidió ponerle Oxígeno.

—¿Cómo le van a poner?, preguntó de nuevo Atilano León.

—Oxígeno, contestó Pancracio.

—Muy bien Exígeno, repitió Atilano creyendo que estaba en lo correcto y desconociendo por completo aquel nombre del elemento químico.





Atenógenes Longoria al ver que el nombre estaba mal escrito le gritó.

—Oxígeno con O, para corregir el error en el nombre.

Y Atilano León, escribió:

Nombre: Exígeno Conó.

Nunca lo hicieron entender y para ya no seguir discutiendo así dejaron el nombre con la promesa de Pancracio que en los próximos días iba a ir a corregirlo. El doctor Atenógenes se marchó, vendió la patente y siguió con sus experimentos. Un día cuando Exígeno Conó llegó

a la Universidad, descubrió en un libro de inventos el nombre de su padrino Atenógenes Longoria y se quedó convencido que su nombre había sido el peor invento que hiciera el pasante de medicina que veinte años antes había llegado a Boca de San Pedro. Cuando regresó al pueblo graduado en Letras iba decidido a escribir un libro de los sucesos de su pueblo. Entonce se sentó en la mecedora de mimbre y comenzó a tomar apuntes de las pláticas que tenía con su padre sobre lo que ocurrió el día que el nació. Pancracio con más canas, dinero y propiedades le narró la crónica de aquel día de suerte. Cuando Exígeno Conó, que en su infancia una gitana le había vaticinado que sería escritor, se sintió con los datos suficientes para escribir la crónica de su nacimiento, tomó una máquina de escribir, encendió un cigarro y comenzó a redactar.





EL PEOR INVENTO DE ATENOGENES LONGORIA

Cuando Exígeno Conó nació, su madre Gasparina Calles estuvo a punto de morir en el parto. En sus nueve meses de embarazo nunca...

FIN

EL ÚLTIMO ASALTO

EL ÚLTIMO ASALTO

Carlos Omar Villarreal Moreno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL PEOR INVENTO DE ATENOGENES LONGORIA

Cuando Exígeno Conó nació, su madre Gasparina Calles estuvo a punto de morir en el parto. En sus nueve meses de embarazo nunca...

FIN

EL ÚLTIMO ASALTO

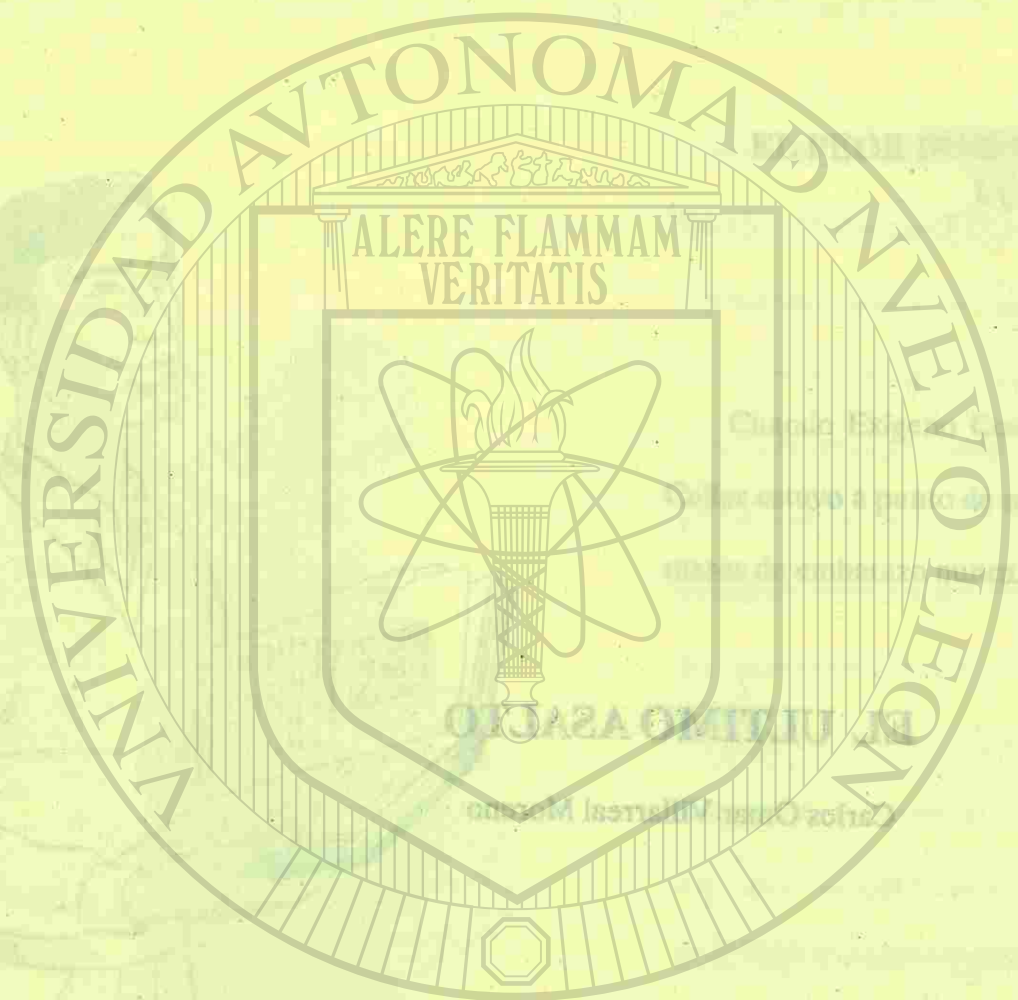
Fue el gancho a la región hepática el que le hizo escapar el protector, bajar la guardia, doliendo espantado por un sudor helado. Después, sacando al mentón le hizo cruzar el cuello, aflojó sus dientes superiores, le ahorró el

EL ÚLTIMO ASALTO

Carlos Omar Villarreal Moreno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

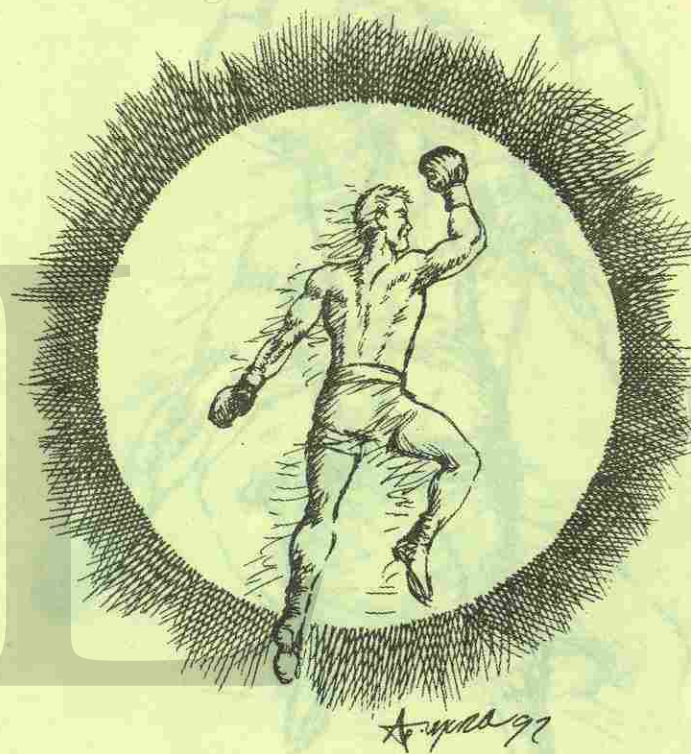
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL ÚLTIMO ASALTO

Fue el gancho a la región hepática el que le hizo escupir el protector, bajar la guardia, doblarse empapado por un sudor helado. Después, ese recto al mentón le hizo crujir el cuello, aflojó sus dientes superiores, le adormeció el rostro y le hizo caer en un letargo febril, tan extraño, que le produjo la sensación de que el tiempo avanzaba lentamente, m u y l e n t a m e n t e.

El trayecto a la lona le pareció muy dilatado. Mientras caía tuvo oportunidad de pensar, de platicar consigo mismo. Pudo ver a su verdugo que, levantando los brazos se dirigía muy despacio hacia la esquina neutral y al árbitro que esperaba la caída para iniciar la cuenta.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



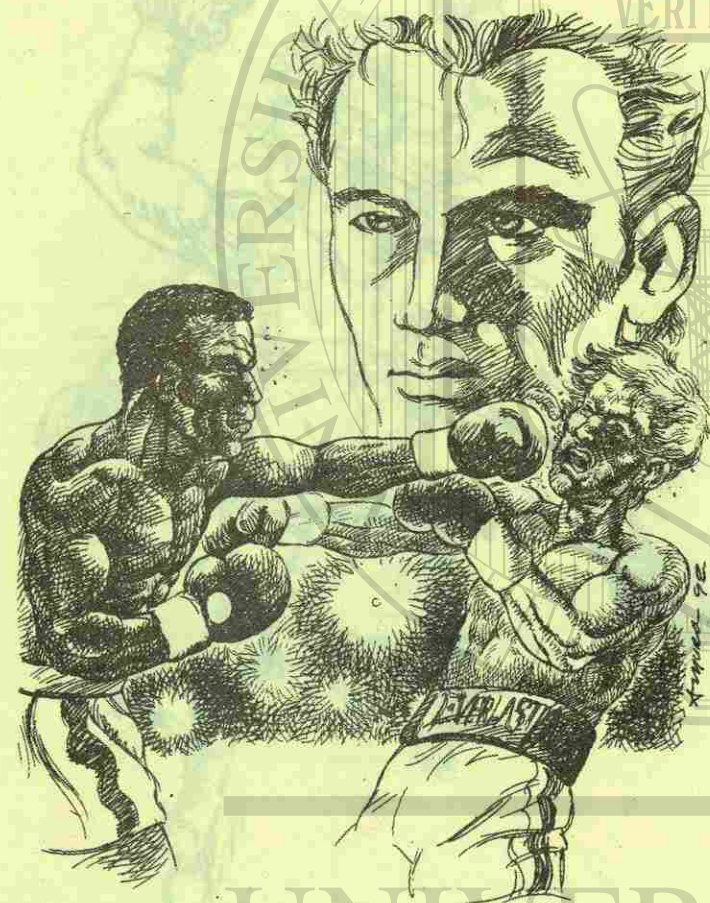
Le pareció verse desde afuera, entre aquel maremágnun enardecido que agitaba los brazos lentamente, los gritos y silbidos eran como el sonido amodorrado que produce un disco, cuando se toca en una revolución menor a la debida. La caída, la lenta caída; el rictus de dolor, de ese dolor que se acepta con resignación, como el estoque final y piadoso a un moribundo. El abismo, la confusión, el vértigo, las náuseas, los recuerdos, todo, todo mezclado y superpuesto, como un ardid perpetrado por un cerebro sin control.

El tiempo se trastoca y confunde. Siente que cae al fin. El golpe en la cabeza contra la lona está siendo duro y prolongado. Siente que la masa encefálica, los nervios, cartílagos y ojos se amontonan presionando la pared del cráneo, para volver lentamente a sus lugares en gelatinosa vibración.

Ahora, lo ciegan las lámparas del cuadrilátero, se encuentra desperdigado como un trapo húmedo en la lona. Dentro de ese extraño sopor, mientras saborea su propia sangre y con la punta de la lengua juguetea con los dientes flojos, vienen de golpe, imágenes, voces y recuerdos.

- Ausencio, déjale algo a tus hermanos.
- Ausencio, límpiate ese sudor y los mocos.
- Ausencio, consíguete zapatos.
- Ausencio, ve a la cantina por tu padre.
- Chencho, sécate ese sudor.
- Chencho, mañana vas a la escuela.
- Chencho, límpiate ese bigote de sudor.
- Ausencio pasa al pizarrón.
- Ausencio ya no faltes tanto.
- Eh, Gota-gorda, ¿por qué sudas tanto?
- Gota-gorda, súrtete al Toribio y a su raza.





— Ese es mi campeón el Gota-gorda.

— Oye, Gota, échate un cigarro.

Le pareció escuchar a lo lejos, la voz adormilada del referee que iniciaba la cuenta.

UUUNOOO...

«Siempre he vivido para dentro — pensó — siempre fui dos, esa es mi tragedia. ¿Por qué estoy derribado en un ring, soy objeto de insultos, gritos y lástima, cuando podría estar en otro sitio siendo la persona que nunca me atreví a ser?»

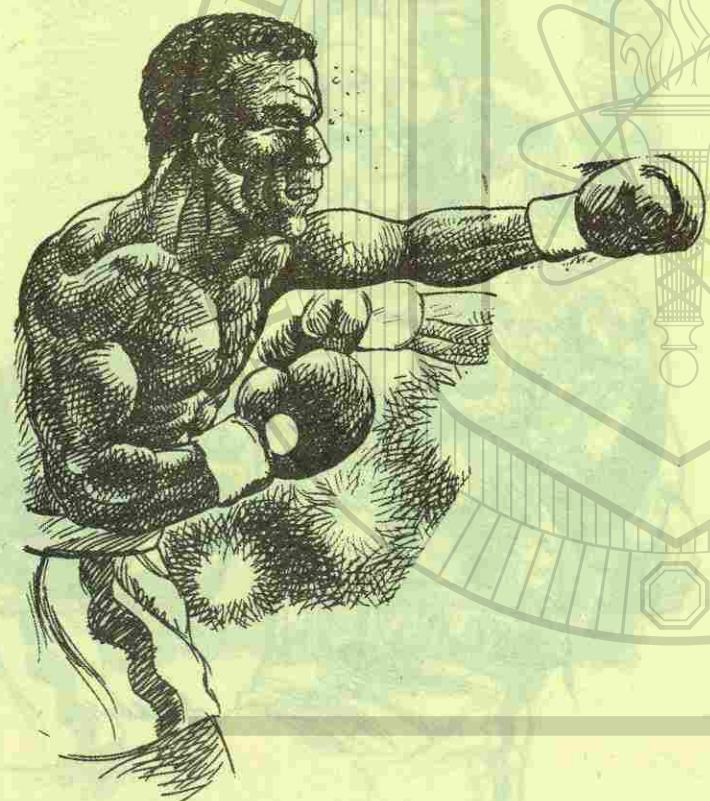
Sólo en su interior, en sus largas meditaciones sentía auténticamente que era él, con sus anhelos de saber cosas, de sentir emociones, de viajar, conocer mundo, absorberlo todo por los poros, vivir, vibrar y sobre todo amar. Esas eran sus horas felices, las que, amurallado en su tosca

humanidad, pasaba inventando su vida ideal: una persona culta, quizá un artista o simplemente un ser humano pleno, que no sintiera la culpa de llevar una vida impuesta, ni el pesado lastre de la frustración.

DOOOOOSSS...

Para los demás siempre fue Ausencio «El Gota-gorda» Ruiz. Este mote que venía desde su infancia por su constante y excesiva transpiración, tal vez por su corpulencia o por algún problema glandular. El Gota-gorda, el buenazo, el lento para responder a preguntas, el bueno para los trompos, el campeón del «Torneo de los Guantes de Oro». Esos diminutos guantes de oro que ganó y después perdió en alguna borrachera, o tal vez regaló, enardecido de pasión, a alguna mujer de las casas que





solían visitar en aquellas parrandas maratónicas y que no eran, por supuesto, lugares de virtud.

Por su fuerza y dura pegada, lo animaron a entrar al Torneo de los «Guantes de Oro», en el que participaba raza brava de los barrios. Por requisito, antes del torneo, tuvo que asistir varias semanas a un gimnasio para aprender a boxear. En realidad, nunca aprendió, se limitaba a golpear la pera, el saco, tumbar a cuanto sparring le pusieran enfrente y soportar el olor a sudor rancio y orines que caracterizaba a aquel sitio.

En nueve peleas, en las cuales derribó rápido a sus oponentes, ganó los famosos guantes de oro, para beneplácito de sus amigos.

De ahí, al gimnasio de don Matías, un viejo ex boxeador que se dedicaba a entrenar y a formar púgiles. No quería

boxear pero no se atrevió a decirlo y en esa forma, incursionó en ese mundillo regido por los puños de cuero.

TREESSS...

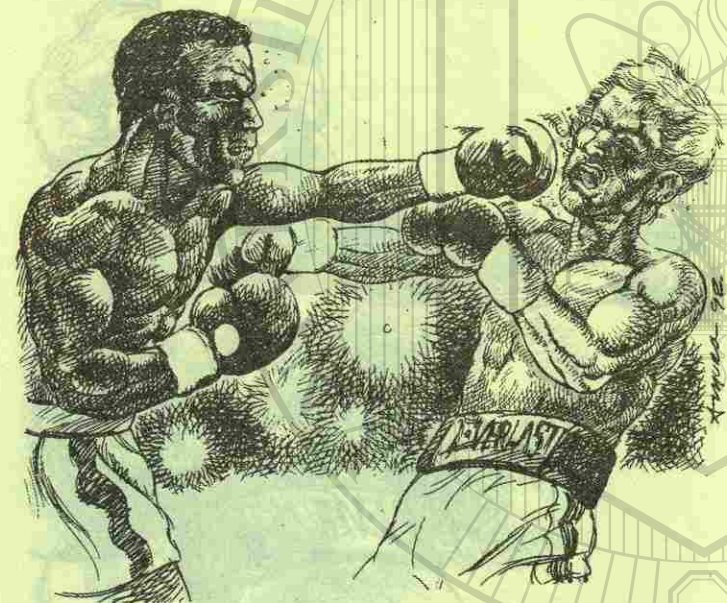
Siguieron las imágenes y recuerdos en tropel, en forma desproporcionada al transcurrir del tiempo.

«Aunque nadie lo supo, yo tenía sensibilidad — se dijo con coraje — me gustaba escuchar conversaciones de personas instruidas para aprender palabras nuevas, aunque nunca las usara; ensayar discursos cuando estaba solo; buscar diferentes formas para decir una misma cosa y cuando tenía oportunidad, me sentaba en el cordón de la acera, frente a la ventana de la casa del anciano Cristóbal, quien era violinista de la orquesta de la ciudad y que tocaba su violín por las tardes. No sé por qué pero aquellas notas



37836





que llegaban hondo, me hacían llorar, pero con un llanto feliz y diferente».

Ese era su mundo secreto, su verdadero mundo, que no supo defender. Nadie imaginó, ni por asomo, que en el interior de ese hombre de aspecto rudo, había algo más que el instinto de tirar golpes y derribar cristianos.

Se dejó llevar. Aceptó ser otro, se convirtió en la hechura de sus amigos. Se hizo el boxeador del barrio. Aguantaba las náuseas que le producían los cigarillos, esos cigarillos que nunca se arriesgó a rechazar. Se le acható la nariz, las cejas se borraron, las orejas se hicieron de coliflor y se acostumbró a soportar golpes, cuyo dolor no se comparaba al del alma.

CUAAA... TROOO...

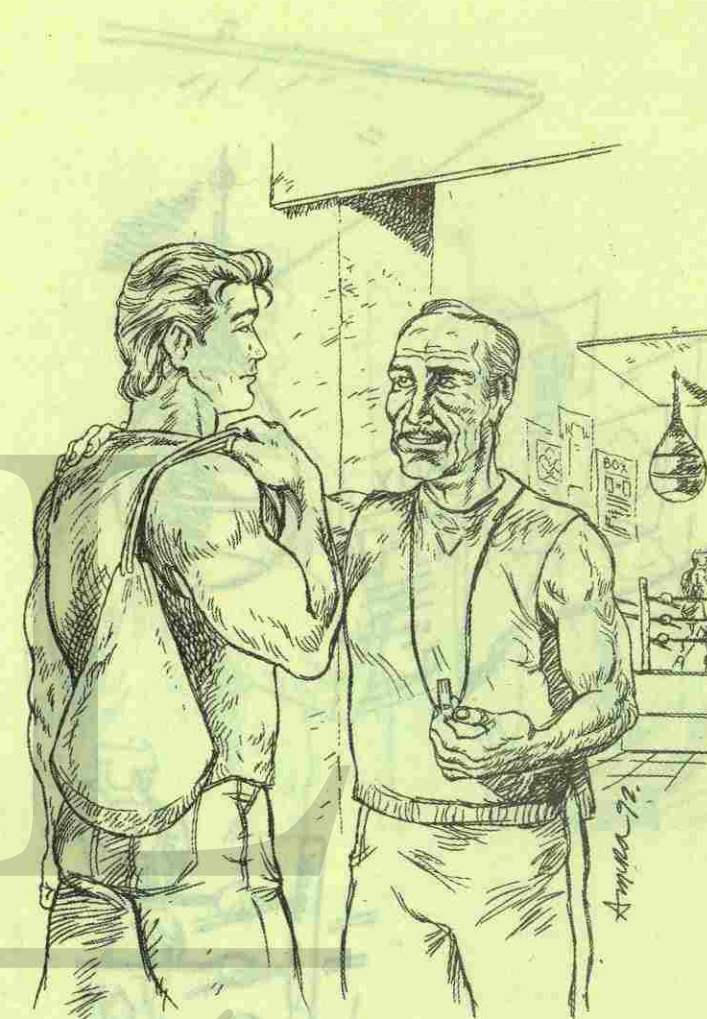
-«Oye, Gota-gorda, sube la guardia, cambia el perfil, despega esos pies de plomo de la lona, agarra ritmo, boxéalo, trabájalo, eres un tronco».

Don Matías se desesperaba, le decía que era un fajador, que jamás aprendería el olímpico arte de boxear, que era un salvaje descuentero.

En el fondo le tenía estimación o por lo menos cierta piadosa simpatía. Después de sus regaños movía la cabeza y le palmeaba la espalda.

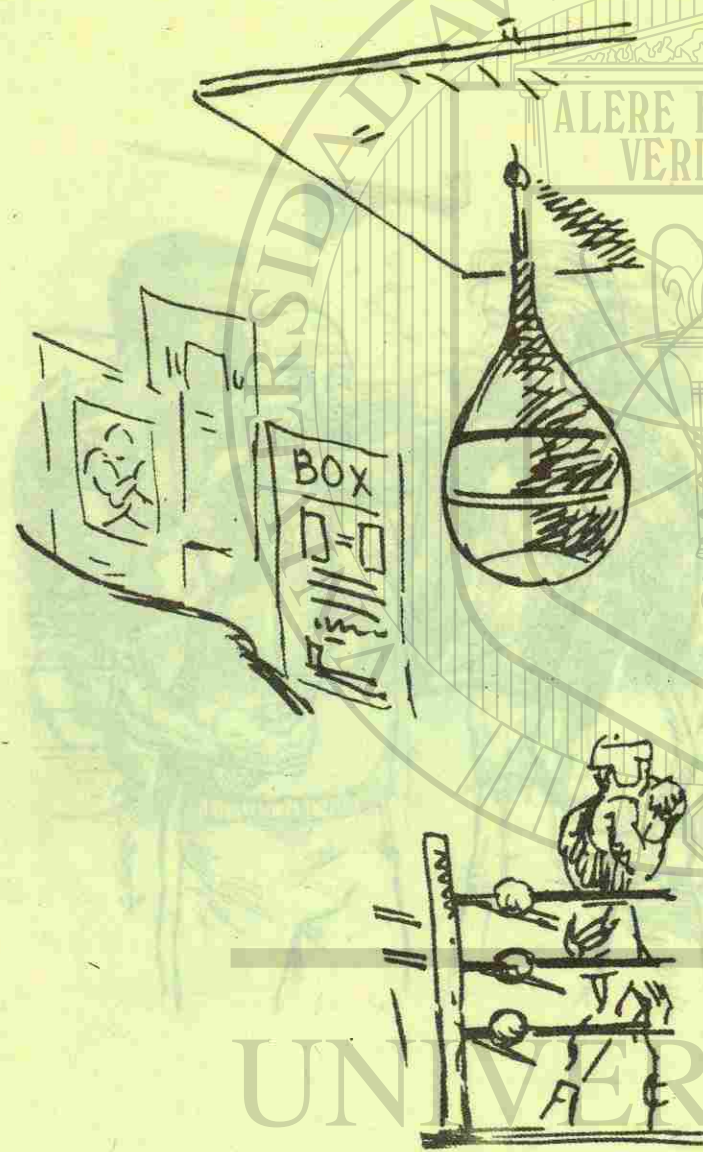
Del gimnasio de don Matías, se pasaba al mercado, en donde al cargar y descargar camiones con verdura, se ganaba algo de dinero.

Después los amigos, el obligado chupe y la desvelada reglamentaria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CIIN... COOO...

Cuando envalentonado por el alcohol se atrevía manifestar alguna inquietud o anhelo de su vida anterior generalmente recibía el mismo comentario:

«No, mi Gota-gorda, lo tuyo son los catorrazos, tu naciste para surtir de cuero a los que le pongan enfrente. Tiene futuro, ¿qué más quieres? Al rato vas a llegar, ya vendrá una pelea de las grandes. Yo voy a ser tu representante imagínate: autos de lujo, joyas, cabarets de primera chamacas de a montón, está suave, mi Gotita».

Entonces, en respuesta, para complacer a los cuates, les hacía algunos desplantes de box de sombra, ellos aplaudían y le levantaban los brazos en señal de triunfo. Después continuaban chupando vidrio, y Ausencio ponía su máscara de hombre satisfecho.

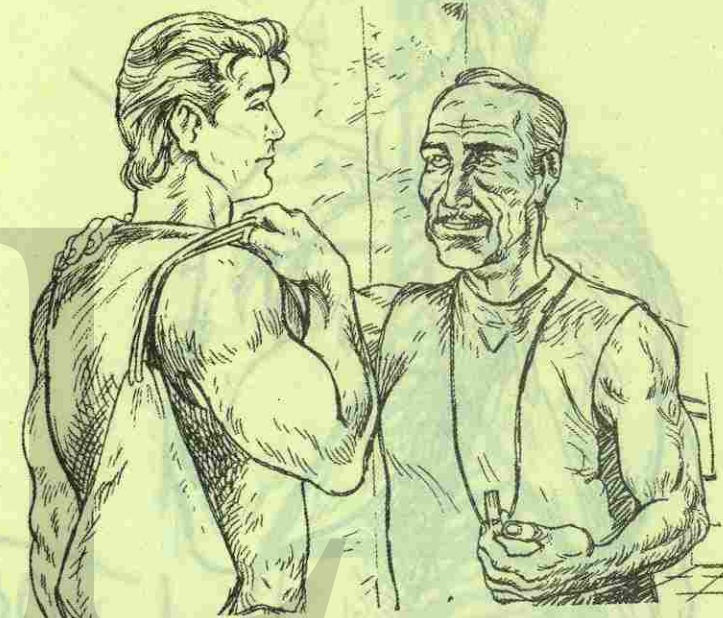
Todos daban por hecho que la vocación del Gota-gorda estaba convenientemente encarrilada.

SEEEIIS...

Nunca le entusiasmó el ver su nombre en los carteles en las peleas preliminares. Tampoco significó gran cosa el encontrar de vez en cuando un par de líneas sobre él, en la sección deportiva de algún diario local. Aunque los periodistas se ensañaban con la pobreza de su técnica boxística, por lo menos reconocían que tenía buen punch.

La forma en la que pudo tolerar el boxeo fue la siguiente:

Cuando tenía enfrente un rival, se trataba de ver a sí mismo y entonces descargaba con furia sus puños hasta noquearlo, tal vez porque se odiaba por su tibieza y con-





formismo. De este modo siempre ganaba las peleas, derribándose a sí mismo en la persona de sus oponentes.

Le tomó sabor a la parranda. Se precipitó sin ninguna resistencia por los voluptuosos placeres nocturnos. Como en un acto de autodenigración expiatoria, procuró hundirse lo más posible en los más sórdidos abismos de la perdición.

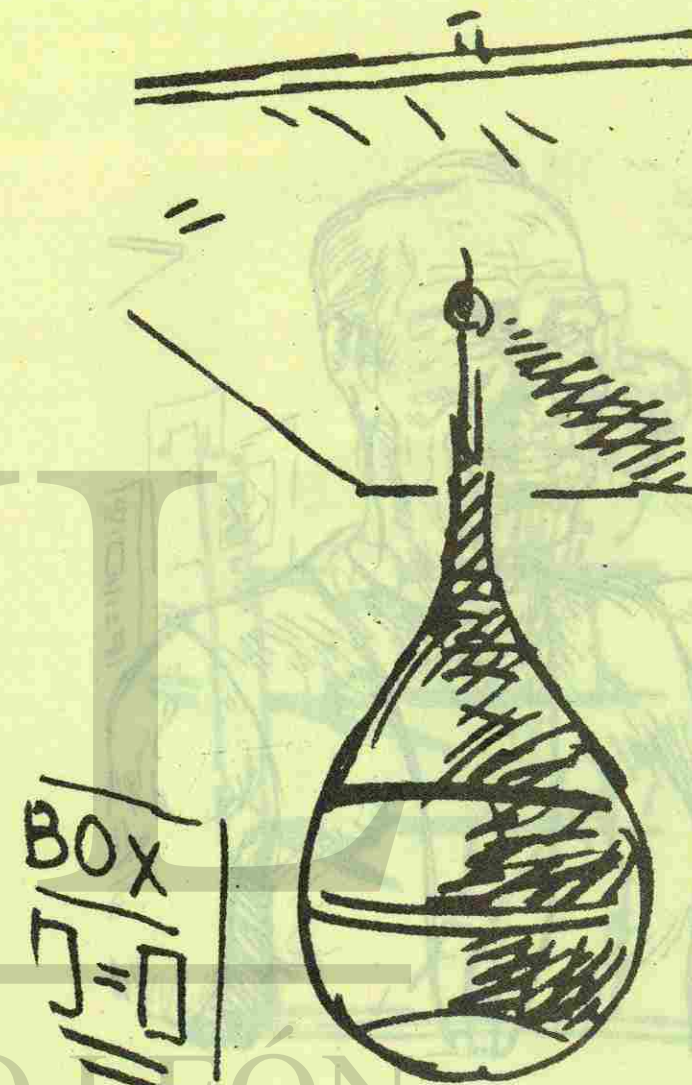
SI EEE... TEEE...

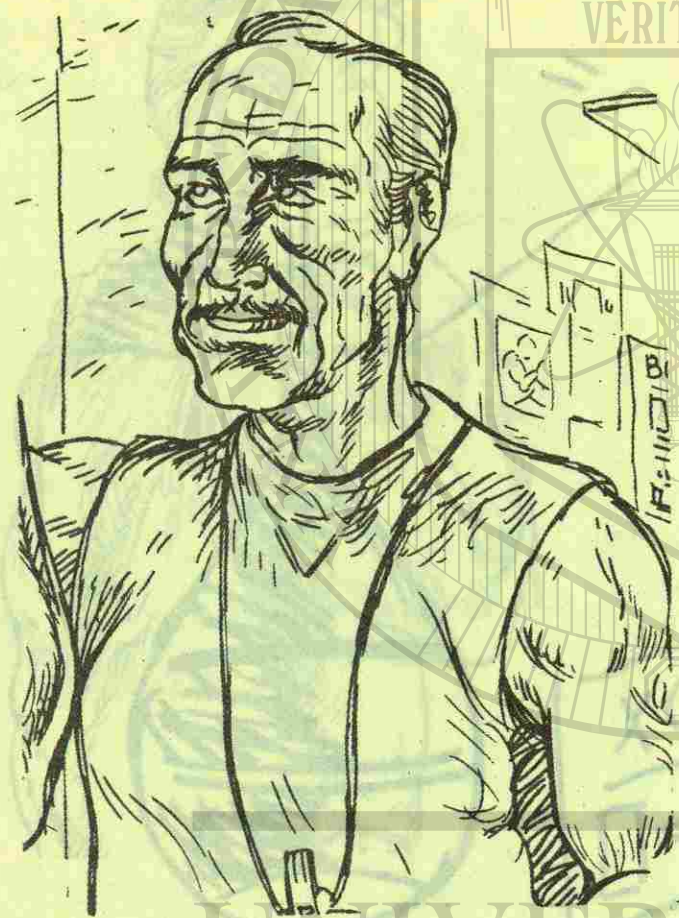
Desde el principio presintió esta derrota, se lo decía la intranquilidad de don Matías, sus nerviosos consejos sobre la mejor estrategia para ir ganando puntos. Nunca le interesó la identidad de sus rivales, solamente los golpeaba hasta tumbarlos y esperaba que el árbitro le levantara el brazo derecho. Después venía la recompensa:

la expresión complacida de sus amigos y de ahí las celebraciones noctámbulas. Desde el primer asalto, este contrario le pareció demasiado ágil, no le veía los pies, parecía flotar, además esquivó con lujo de habilidad sus tradicionales golpes otrora letales.

Recibió una serie de golpes precisos que fueron minando su resistencia, ya de por sí deteriorada por la indisciplina deportiva.

Cuando terminó el cuarto round, ya se encontraba sofocado y le temblaban las piernas. Tenía abiertos e inflamados los arcos superciliares y los pómulos. Lejos de preocuparse o dolerse, sintió algo muy parecido a ese placer o fascinación que dicen que se siente en la proximidad de la muerte.





Sabía que era imposible terminar de pié el quinto asalto.

Don Matías le echó agua en su cara abotagada, le sobó los hombros y siguió con la letanía de instrucciones, más por rutina que con esperanzas.

OOOCHOOO...

Vinieron esos dos golpes finales, acto seguido la dramática caída. No le dolía la derrota ni tampoco los golpes recibidos. Sentía que por fin recibió una justa lección ese personaje artificial que siempre fue.

Sus amigos no pueden creerlo. Alcanza a escuchar sus gritos:

— ¡Ya levántate Ausencio!

— ¡Chencho, deja de fingir! ¡párate ya y súrte como tú sabes!

— ¡No puedes perder! ¿Qué va a ser de ti? de nosotros...¿qué va a ser de nosotros?

NUEEE... VEEE...

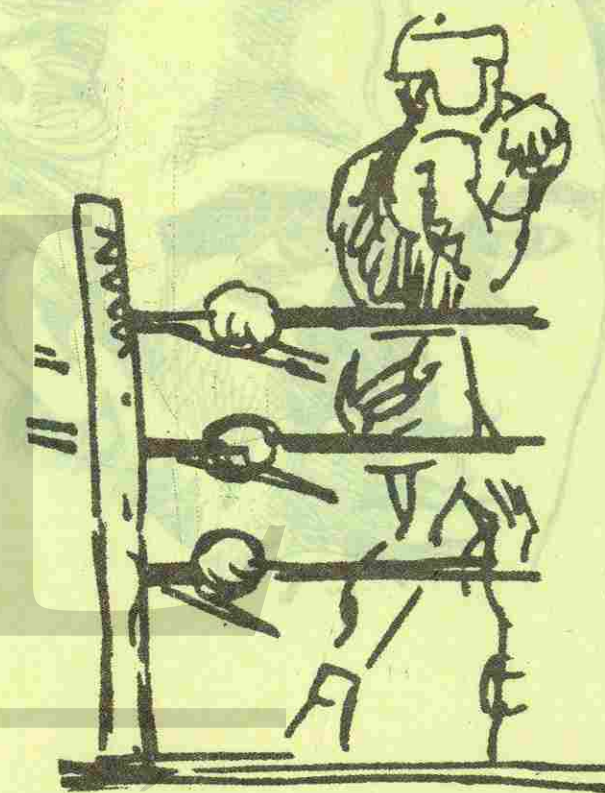
— ¡Me lleva Gota-gorda! Ya nos amolaste; apostamos por ti todo nuestro capital. — ¿Eso le haces a tus cuates? ¿A tus cuates que te enseñaron a ser gente?

— Ya ni chingas. Perdimos el tiempo contigo. Tratamos de civilizarte, de encaminarte a la fama y a la gloria. Y mira, ahí te quedas tiradote, y ni haces el intento de levantarte y rifártela por tus amigos.

— ¡Ya valió madre!

DIIEEEZ...

La derrota lo esta redimiendo, de pronto la angustia ya no está y siente algo de paz. No sabe si podrá levantarse por su propio pie. Ignora totalmente su futuro, es más, no sabe siquiera si continuará viviendo. Quizá todo siga igual, tal





vez pueda ser un sparring para los nuevos pupilos de don Matía. Aunque él preferiría permanecer para siempre en ese estado somnoliento que le permite hablar consigo mismo, que le permite vivir lo que siempre fue su verdadera vida. Y además escapar del yugo del tiempo y verlo pasar abatido y a rastras.

No sabe si ese estado placentero y apacible sea la antesala de la muerte, no lo sabe, pero ya no le importa nada, absolutamente nada.

...¡FUEEERAA!

INDICE

Presentación / p. 9

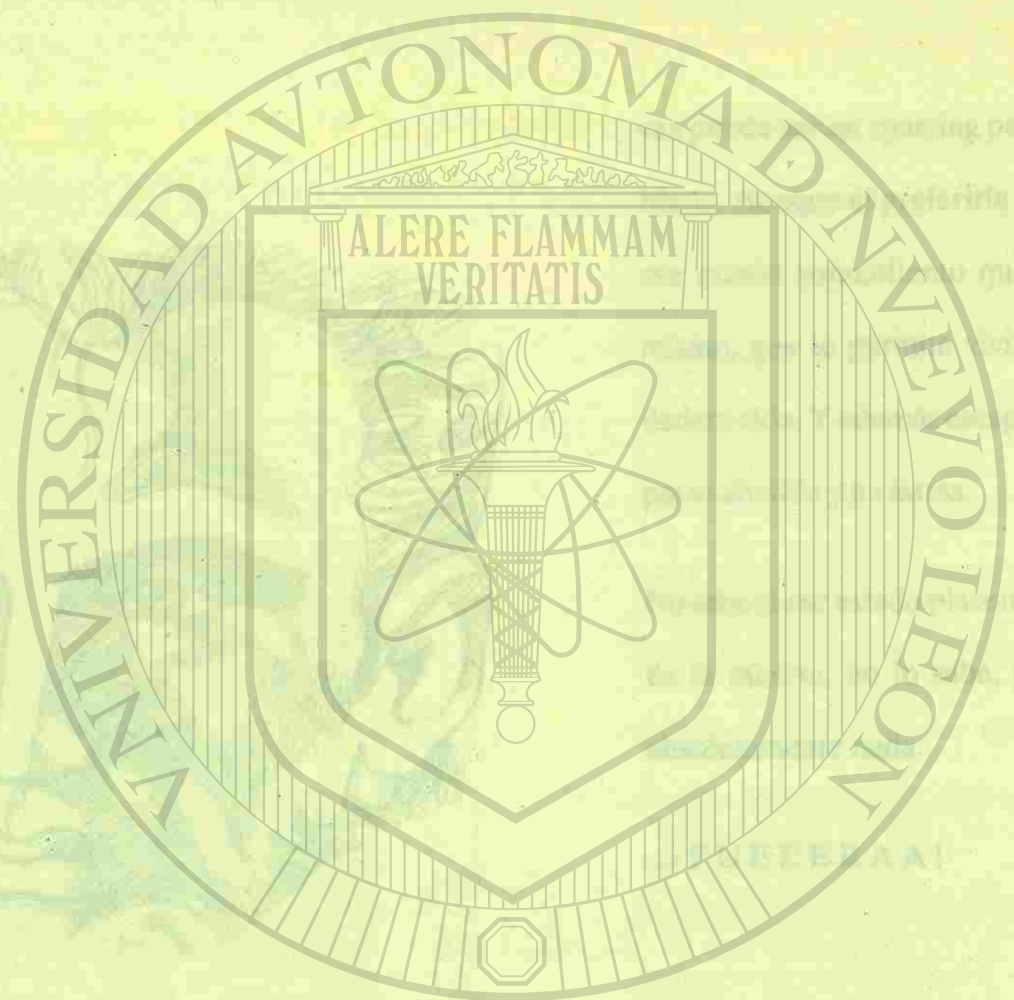
El nuevo invento de Atropagos Lagotis / p. 13

El último relato / p. 45

Índice / p. 63

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Colectión Vellacino Editor

INDICE

Presentación / p. 9

El peor invento de Atenógenes Longoria / p. 13

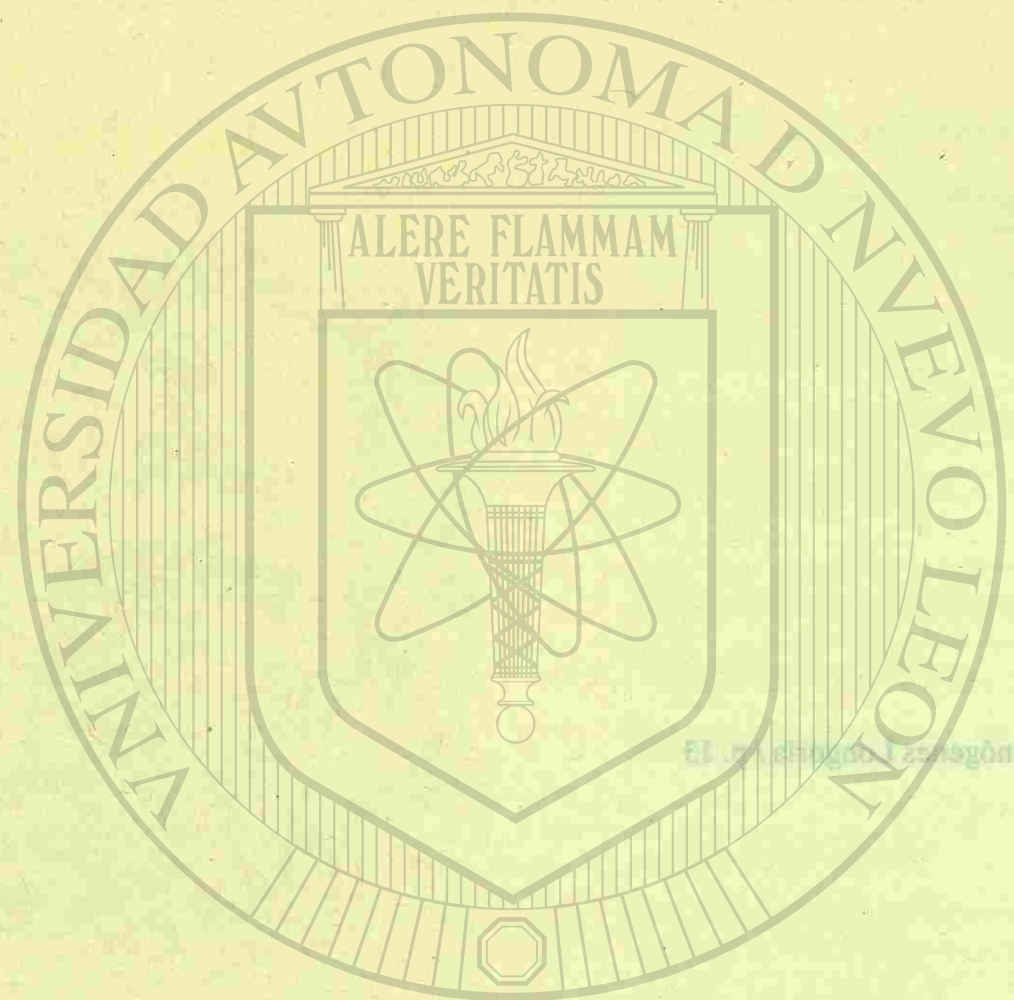
El último asalto / p. 45

Indice / p. 63

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Colección Vellocino Editor

Poesía:

El ala del sur, de Pedro Garfias.

Sembrador, adelante, de Luis Tijerina Almaguer

Un recuerdo ardiente, de Pedro Garfias.

Memorias:

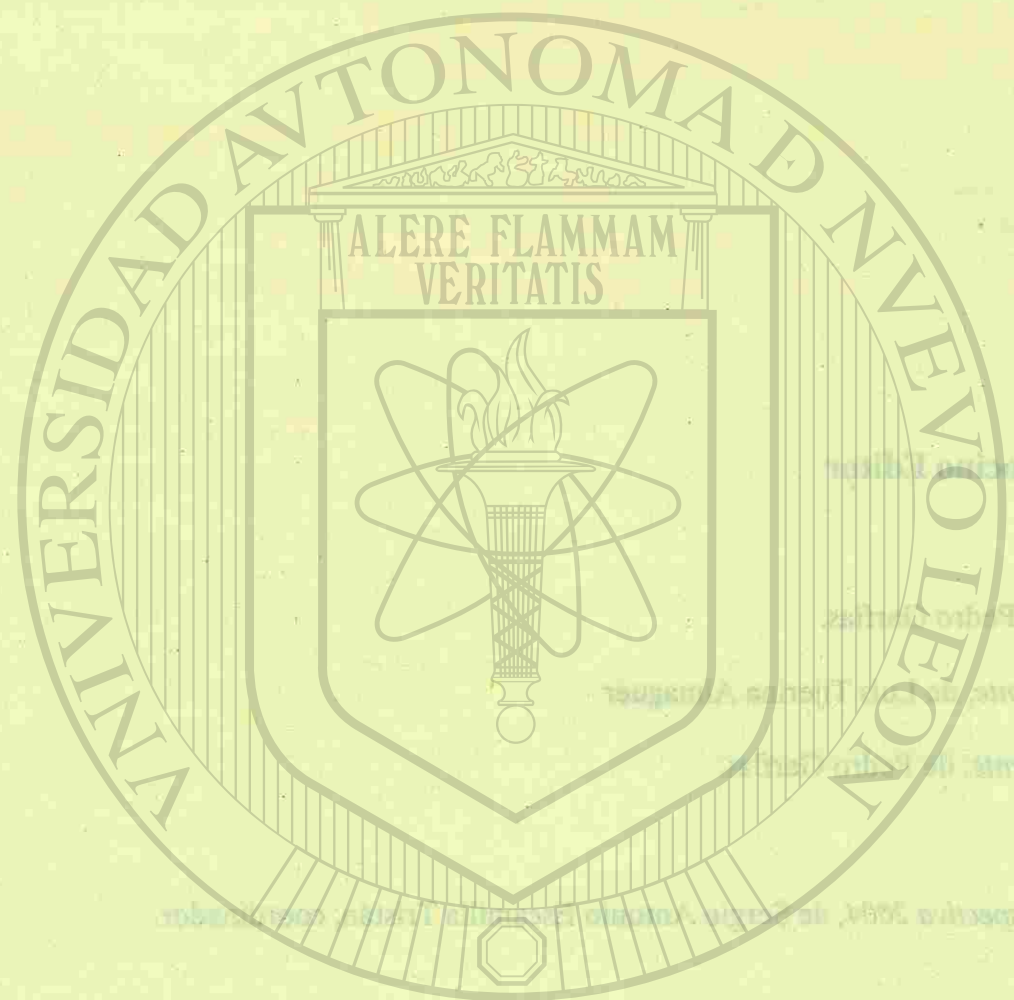
Foro UANL, prospectiva 2004, de Sergio Antonio Escamilla Tristán, coordinador.

Teatro:

La cuarta pared, de Erik Estrada Bellman (en prensa).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

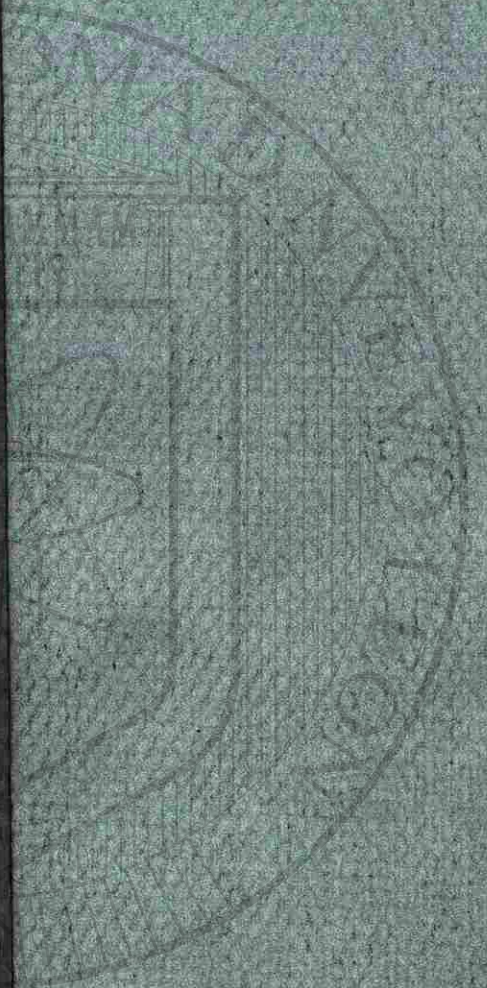
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Dos cuentos, de Luis Antonio Lucio López y Carlos Omar Villarreal Moreno, se terminó de imprimir el 25 de agosto de 1992 en Impresos Continental del Norte, S.A. de C.V., de Monterrey, Nuevo León, México. Cuidado de la edición: Sergio Antonio Escamilla Tristán. Tipografía: Bertha Guadalupe Carrales Rivera. Impresión: Rosendo Salas Villarreal. Diseño Gráfico y Portada: Sergio Antonio Escamilla Tristán. Tiraje: 1000 ejemplares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉRIDA

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA



Vellochino editor

